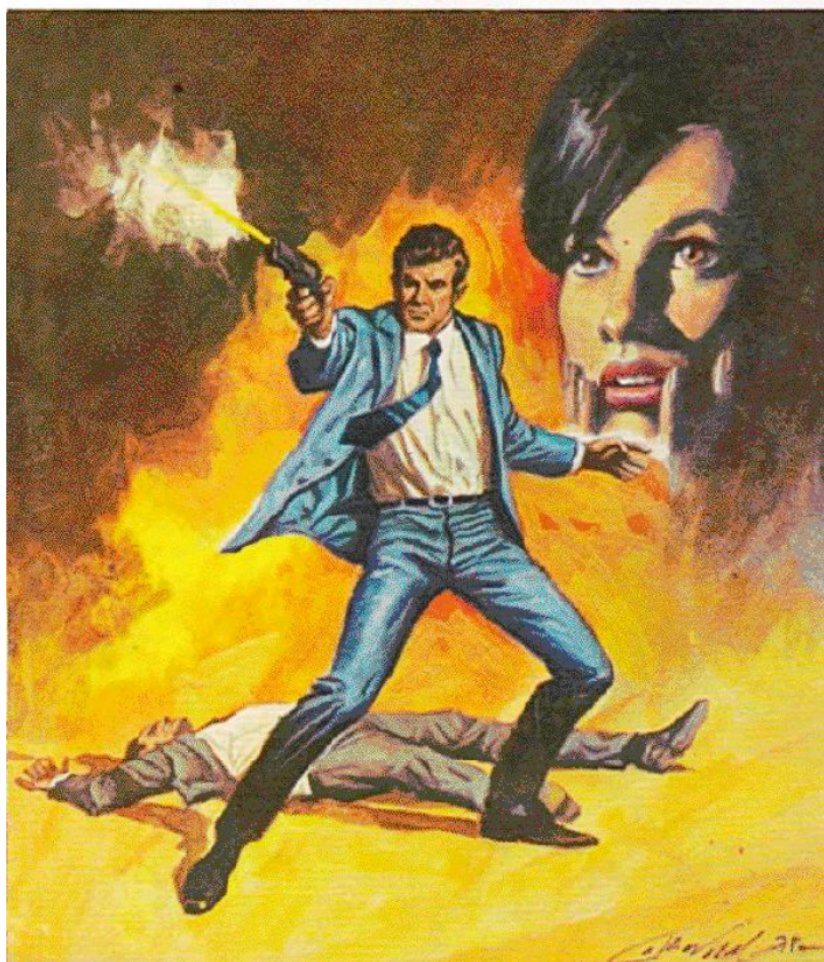


BOLSEROS BRIGLESA
**PUNTO
ROJO**

la violencia es mi negocio

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

LA VIOLENCIA ES MI NEGOCIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 730
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 7.830 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1976

© Burton Haré, 1976

texto

© Antonio Bernal, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.331. — Sobra un ataúd

En Colección PUNTO ROJO:

727. — El arte de morir

En Colección LA HUELLA:

52. — Llama un fantasma

CAPÍTULO PRIMERO

Todo había quedado atrás. Caída y condena, ajuste de cuentas con la sociedad ultrajada, libertad al fin... Sí, todo eso había quedado atrás, y yo esperaba que fuera para siempre.

También el pequeño Stephen quedaba atrás, aunque eso era preferible no recordarlo.

Mi llegada a Los Ángeles no había sido triunfal precisamente. Di unos cuantos tumbos de un lado a otro tanteando el terreno, pero pronto me convencí de que si quería vivir debía dejar a un lado las viejas ilusiones y empezar desde abajo.

Mis ahorros hubieran constituido una cantidad respetable en otro tiempo, pero durante la temporada que hube de vivir a expensas del Estado los precios habían subido como un cohete, así que tras unos días de maduras reflexiones y cálculos me decidí.

El resultado de todo eso fue un bar. Pequeño, brillante, céntrico y con el cual me dispuse a engrosar las arcas del municipio.

Contraté a un muchacho llamado Eddie e inicié mi nueva vida de contribuyente honesto. Una vida sencilla, sin complicaciones. Las cosas fueron bastante bien desde el principio.

Hasta aquella mañana.

Ella entró contoneándose graciosamente, y el sol, pálido y tibio, entró detrás de la mujer a través de la cristallera abierta. La cabellera roja, llena de cobrizos reflejos, me hizo comprender que lo que se agitaba en mi interior era la necesidad de una señora semejante, desde el cabello a los pies.

La dama vino hacia mí en línea recta. Llevaba un vestido rojo muy ajustado que realzaba sin excepción todas y cada una de las curvas de su cuerpo. Era todo un espectáculo. Un espectáculo que a mí me estuvo vedado durante largos, interminables años hasta que las rejas del penal se abrieron para soltarme de nuevo al mundo.

Estuve mirándola los escasos instantes que tardó en llegar hasta

mí. Me fijé en sus labios jugosos; en sus ojos cautivadores, grandes y sombreados en los que parecía chispear una lucecilla burlona.

—Quiero hablar con el patrón —dijo sin preámbulos.

Tenía una voz bien modulada, firme y segura.

—Ése soy yo —dije.

Ella paseó la mirada por el local. No había apenas clientes a esa hora, y los pocos que estaban allí eran incapaces de despegar la mirada de aquel compendio de curvas.

—¿No tiene un lugar más discreto que éste donde podamos hablar en paz? —murmuró.

La llevé al pequeño cuarto trasero. Había una mesa, un par de sillas y montones de cajas de botellas apiladas junto a las paredes.

—No es un despacho muy confortable —dije señalándole una silla—, pero el negocio no da para más.

Se sentó con aplomo y cruzó las piernas. Lo hizo de manera que resultara una exhibición completa.

Me miró y dijo:

—Tiene un bonito establecimiento. Recién instalado, claro.

—Sí.

Movió la cabeza con gesto ambiguo. Estuve tentado de acuciarla para que fuera al grano, pero callé y esperé hasta que prosiguió:

—Imagino que habrá recibido una colección de fuerzas vivas del comercio de este distrito... aparte de los vendedores, representantes, comisionistas, proveedores y todo eso.

—Seguro. ¿En qué categoría he de clasificarla a usted?

Sonrió. Hizo un gesto de indiferencia con la mano. Llevaba un par de anillos que debían costar poco más o menos como la instalación de mi establecimiento.

—Fuera de serie. ¿No le parece?

En eso yo estaba de acuerdo. Sólo que me intrigaba su comportamiento.

Estuvo mirándome unos instantes como si quisiera calcular hasta el número de mis calcetines. De pronto soltó:

—Me gusta su instalación. Debe haberle costado un buen puñado de dinero...

—No me quejo. Nadie trabaja gratis.

Frunció el entrecejo y sus ojos adquirieron una súbita dureza. Sacó un cigarrillo del bolso y le ofrecí la llama de una cerilla. Pude

hundir la mirada hasta las profundidades de su escote increíble. Luego, subí la mirada y busqué algo equívoco en sus ojos. Lo encontré, aunque maldito si supe qué era exactamente.

Ignoraba lo que pretendía venderme o si se proponía hablarme de los impuestos municipales y estatales, pero fuera lo que fuese, pensé que estaba dispuesta a ofrecer algo más.

Instintivamente volví a hundir la mirada en su escote, pero ella me devolvió a mi puesto lanzándome una nube de humo a la cara.

—No pretendo meterme en sus asuntos —dijo—. Sólo quiero hablarle de una cosa, algo imprescindible para la buena marcha de su negocio.

—¿De veras?

—Deje que le explique. Le interesará.

—¿Le importaría decirme de paso cómo he de llamarla?

—Sibyl.

—Bonito nombre.

—Mi nombre no tiene nada que ver con el negocio. Bien, para entrar en materia le diré que formamos un sindicato...

Levanté la mano, interrumpiéndola.

—Creo que su oferta no va a interesarme —dije—. Cuando quiera sindicarme lo haré eligiendo yo mismo el que más garantías me ofrezca, sin tomar en cuenta la publicidad.

Ella se rió de labios afuera.

—Yo no hago publicidad, amigo. Sólo le ayudo a estudiar la fórmula para que su negocio prospere. Usted es nuevo en la ciudad y no conoce cómo se desarrollan aquí los negocios.

—¿Se han informado acerca de mí?

—Claro. Es la rutina siempre que se inaugura un establecimiento. Sabemos un montón de cosas sobre usted. Muchos detalles interesantes sobre su pasado.

Como un relámpago comprendí el alcance de todo aquello.

Creo que mi voz sonó ronca cuando gruñí:

—¿Qué clase de detalles?

—Por ejemplo... el porqué de su súbita marcha de la tierra que le vio nacer. ¿No se dice así para que suene bien? No se quedó allí siquiera durante las Navidades. Dejó de lado las fiestas familiares, a los amigos, a los viejos... y a los «niños».

No me moví. Fue un prodigio de dominio por mi parte, pero

logré permanecer quieto. Sentí deseos de echarla a puntapiés, de arrastrarla hasta la calle tirando de su hermoso cabello rojo. Hubiera podido hacerlo..., pero tuve miedo. Miedo a que mi modesto crédito se hundiera; miedo a que mi tentativa de vivir honradamente naufragara... Pero, por encima de todo, miedo de no poder girar la asignación para mi pequeño Stephen.

Sólo dije:

—Si es un chantaje basado en mi pasado, ha equivocado la ruta.

Ella negó con un gesto.

—Nada de eso tan feo. Sólo queremos contar con su «asignación». Mire, cuando alguien se establece, la organización abre una ficha, realiza algunas discretas investigaciones y fija una cuota. Usted no tiene nada pendiente ahora, Caín, pero necesita trabajar en paz para prosperar y para enviar esa cuota mensual con fines... ¿benéficos? Bien, el sindicato le garantiza contra todo tipo de accidentes y molestias. Infórmese entre los del gremio. Están satisfechos con Ernie Simpson y su comprensión. El le protegerá contra eso que las compañías de seguros llaman «riesgos catastróficos» y cuya prima anual está a la altura de un Rockefeller, por ejemplo.

—En resumen, una versión nueva del viejo y acreditado sistema de «protección».

Sibyl se encogió de hombros delicadamente. Yo añadí:

—Creí que eso se había terminado en los tiempos de Al Capone.

—Ya sabe que no hay nada nuevo bajo el sol. Hemos sufrido guerras, Caín, y la economía va por malos derroteros, así que hay que moverse constantemente si uno quiere vivir. Pero de cualquier modo está equivocado. Realmente, existe un sindicato que evita molestias a sus afiliados. Tenemos estatutos, todo legal, no crea. Usted sólo tendrá que pagar una módica cuota mensual... ¿Cien dólares, por ejemplo?

Era una dama que sabía pisar firme. Estaba segura de sí misma y del poder que le guardaba las espaldas.

Tan segura que incluso añadió:

—No me gusta hacer frases truculentas, pero lo cierto es que sólo tiene dos caminos, querido. O el sindicato de comerciantes, o el arroyo. Infórmese, Caín. Se convencerá por sí mismo. Además, el sindicato tiene buenos asesores legales y, lo que es más importante,

lo que Ernie llamaría «vinculaciones costosas y oportunas».

—Algo quedará sano, supongo. ¿O todo está podrido en esta ciudad?

—Casi todo, Caín, aunque eso destroce sus ideales —sonrió, pasando con facilidad de un tema a otro—. Usted me gusta y sentiría verle sufrir un grave tropiezo. La vida tiene todavía cosas buenas. Míreme a mí si lo duda.

Se levantó, pasándose suavemente las manos por las caderas para alisar el vestido.

—¿Usted se considera algo bueno? —dije rechinando los dientes.

—¿Lo duda? —se contoneó un poco—. ¿No se ha fijado bien en mí?

—Seguro. Apesta.

No se inmutó, pero sus ojos volvieron a adquirir la frialdad del hielo.

—No tengo nada más que decirle, querido. Medite. Tiene tiempo hasta mañana para que se convenza de que el mundo es una pura farsa.

Me dirigí a la puerta para echarla de allí, pero ella me cortó el camino. Estaba tan cerca de mí que su aliento me daba en la cara y sabía a flores exóticas. Resultaba casi enervante. Sonreía con seguridad mientras ponía al alcance de mis ojos elementos de persuasión suficientes para justificar media docena de atropellos.

Intenté esquivarla para llegar hasta la puerta. Fue en aquel instante cuando ella abrió la boca en una ancha sonrisa, me atrapó entre sus brazos y me besó, riéndose.

Quisiera describir con algunos pormenores lo que ocurrió, pero es imposible. Sólo sé que sentía la firmeza de su cuerpo aplastarse contra el mío, y que sus labios estallaron con un extraño fuego, dominante y dulce a un tiempo.

Supé que estaba burlándose, naturalmente. Pero me faltó voluntad en aquel instante y permanecí inmóvil. No tuve hombría suficiente para apartarla de mí y echarla a puntapiés. No tuve nada. O, si algo tuve, fue miedo.

Cuando se apartó me sentí un estúpido. Ella se resguardó detrás de su helada sonrisa, aunque su respiración se había acelerado de manera notable.

—Deberías aprender a besar como es debido —comentó,

tomando el bolso que había dejado sobre la mesa.

Al fin pude abrir la puerta. Dominando la ira dije con voz contenida:

—¡Largo de aquí y no vuelva! Pueden irse al infierno usted, su sindicato y ese Ernie Simpson o como se llame. Nunca he permitido que me robasen y no voy a cambiar ahora de costumbres.

Creí advertir cierto desconcierto en su mirada. Pero irguió la cabeza, sonrió y se fue.

Resultó el comienzo de la pesadilla.

CAPÍTULO II

Nunca me ha gustado esperar los disgustos sin intentar por lo menos evitarlos. Por ello le dije a Eddie que me largaba, que echara los cierres sin pasarse un minuto de la hora fijada por el reglamento, que no se olvidara ningún borracho debajo de las mesas y me marché despidiéndome hasta el día siguiente.

Ahora bien; la única persona a quien podía recubrir en toda la inmensa ciudad era un tipo llamado Grover Garfield. Habíamos sido condiscípulos en la escuela, y la casa de sus padres y la de los míos fueron colindantes, allá, en Arizona.

Por alguna extraña pirueta del destino se había metido a reportero y trabajaba para el *Examiner*. La última vez que le viera, hizo una demostración de su capacidad de esponja para engullir *whisky* sin alterarse y me contó algunas cosas sobre su trabajo.

En aquella ocasión me dijo que, de las veinticuatro horas del día, si no estaba siguiendo la pista de un buen reportaje, pasaba dos en la redacción del periódico, ocho en cierto bar donde tenía constantemente reservada una mesa, y el resto en los brazos de las mujeres o, si estaba demasiado borracho, acostado en su apartamento.

Así que tomé el viejo «Ford» comprado de segunda mano y lo conduje por la recta de Figueroa Street.

Encontré a Grover en el bar en cuestión. Era un sitio de techo bajo y mucho carácter. Allí, Grover parecía aún más alto de lo que era en realidad.

Tenía, un gran vaso mediado sobre la mesa, un puñado de papeles garabateados de cualquier modo, y un periódico que estaba leyendo.

Si se alegró o no de verme lo disimuló. A juzgar por su actitud, pareció como si nos hubiéramos separado unas horas antes.

—¡Caramba, viejo! Siéntate y pide de beber. Estaba repasando

las noticias de la competencia... ¿Cómo te va?

—Me alegro de verte, Grover.

—Y yo a ti.

Tuvo la delicadeza de no mencionar para nada mi pasado. Sólo me miró sonriendo mientras yo llamaba al camarero y le pedía un *whisky*.

—Pareces preocupado —comentó—. Si es por sentirte solo en este infierno, puedes llorar sobre mi hombro. O contarme qué te sucede. Elige.

Comprendí que en él encontraría afecto y sinceridad. Grover era un tipo de la vieja escuela.

—He recibido una proposición para sindicarme —le espeté sin rodeos—. Temo que no podré rechazarla a menos de desenterrar el hacha de la guerra.

—¿Qué clase de sindicación?

—¿Conoces a alguien llamado Ernie Simpson?

—Es un hijo de perra muy listo. Lo siento por ti.

—Háblame de él.

El camarero trajo la bebida y se alejó.

Grover hizo una mueca de disgusto.

—Tiene una organización perfecta. Es un fulano con talante de estadista, y hace gala de tan pocos escrúpulos como éstos. Para él, todos los negocios son buenos si dan dinero en grande y, lo más importante, dinero fácil. Drogas, prostitución, protección, chantaje... Cualquier cosa.

—¿Tiene socios? —pregunté, pensando en la pelirroja.

—Tuvo un socio. Se llamada Albert Cannon. Una mañana apareció muerto. Aparentemente, suicidio... ¿Quién iba a demostrar lo contrario? Pero...

—¿Asesinato?

—Si lo dijeras según en qué lugares serías acusado de libelo y difamación. Suicidio, oficialmente.

—Sólo que tú no lo crees.

—Regresaba de Europa, por mar, en compañía de una hermosa artista de cine llamada Lina Sartor. La chica bebía mucho. Cayó al mar y desapareció. Dijeron que fue por imprudencia, que vagaba por lugares solitarios y peligrosos, con el estómago lleno de alcohol.

Se encogió de hombros con desesperanza. Bebió un largo sorbo y

tras una pausa añadió:

—¿Para qué más? Los de la policía le andan detrás, pero no han podido cazarlo nunca. Los agentes del Fisco se han roto los dientes tratando de cazarlo sin resultado... Está bien cubierto en todos los aspectos, y cuando digo «todos» quiero decir eso exactamente.

—¿Entonces...?

—Si ha fijado su atención en tu negocio, paga, viejo. Y mi consejo vale como el oro.

Solté un juramento entre dientes.

Me miró con simpatía. Quizá demasiado simpatía, igual como si mirara a un enfermo desahuciado.

—Pero la policía... —insinué.

Meneó la cabeza.

—Te daré una tarjeta de presentación para el teniente Auker, de la Brigada Secreta. Es un tipo simpático y eficiente, aunque no te servirá de nada tratándose de Simpson.

De pronto se interrumpió y se quedó mirándome con una burlona lucecilla en sus pupilas.

Comencé a ponerme nervioso.

—¿Y bien? —estallé.

—Quizá haya una posibilidad —murmuró—. Tienes un tipo que debe interesar a las mujeres. Joven... relativamente. Fuerte, con ese aspecto de hombre amargado..., cabellos grises en las sienes...

—¿Qué demonios tiene que ver una cosa con la otra, crees que voy a gustarle a ese polizonte?

—Tal vez no seas su tipo —rió—. Estaba pensando en la amiguita de Simpson. Un vistoso pajarillo que guarda en una jaula de oro, en Beverly Hills. El cine es una excelente cantera de chicas de ensueño y Ernie echa mano de lo que necesita. El viejo sistema del talonario de cheques sigue dando excelentes resultados todavía. Se llama Vera Field y la conocí por mediación de Maddy. Maddy es la encargada de los reportajes de sociedad.

—Me decepcionas —dije, desalentado.

—Bueno, ¿qué esperabas? No puedo informarte de las costumbres privadas de Simpson, ni aconsejarte que te vayas a apostar en una esquina para pegarle dos tiros en cuanto le veas aparecer. Aparte de que sus guardaespaldas no te lo permitirían. Y en tu situación, un solo intento te devolvería donde ya sabes.

—Empiezo a darme cuenta de que los que estuvimos entre rejas somos honestas margaritas al lado de los que están acampando libremente por esas calles...

—Eso siempre ha sucedido, muchacho...

—Has sabido adaptarte pronto a ese estado de cosas, Grover.

—¿Y qué quieres? Cuando llegué aquí y empecé a trabajar lo hice lleno de grandes ideales, de hermosos propósitos. Cuenta si sería idiota por aquel tiempo que me propuse atacar a Ernie Simpson desde las columnas del periódico. Me encontré con que no podía hacerlo sin suscitar una querella por difamación y libelo. Bueno, seguí intentando reunir material suficiente, encontrar pruebas, todo eso, ya sabes. De todo eso hace tres años. Desde entonces, él ha centuplicado su fortuna y yo sigo viviendo de un sueldo más bien mezquino y buscando pruebas.

—Tal vez no has puesto el entusiasmo suficiente para encontrarlas...

Suspiró con resignación. Me miró igual que si yo le diera lástima y al fin dijo:

—Gerald Jones era un simpático muchacho detective privado con iniciativas propias y ardiendo en deseos de crearse un renombre, una fama. Cuando el asunto de Sartor llegó a su desenlace un pariente de la muchacha le movilizó para que buscara una pista y tratara de aclarar lo sucedido. Encontré un día a Jones y hablamos de ello. Le vi optimista y seguro de sí mismo. Había conseguido algo, según él. Algo importante. Bien, dos días después encontraron a mi perspicaz amigo vagando por San Gabriel, en las montañas, pronunciando incoherencias y lo bastante estropeado física y mentalmente como para morir en un hospital poco después. Y Simpson estaba en su residencia veraniega de Laguna Beach, cerca de San Diego, con una coartada a prueba de bomba. La policía intentó rellenar el expediente, pero las escasas horas que vivió. Jones sufría una total amnesia traumática. Lo cual, en cristiano quiere decir que le destrozaron a golpes antes de soltarlo en las montañas. ¿Has comprendido?

Había comprendido. Vacié mi vaso de *whisky* de un solo trago y lo deposité sobre la mesa cuidadosamente. Pensé un poco antes de hablar.

—Me revuelve las tripas pensar que un tipo como éste anda

suelto y respetado por una sociedad podrida cuando a mí me encerraron por algo que, a fin de cuentas, tenía justificación.

—Pero tú no tenías un saco de millones ni una lista de gente importante a la que obsequiabas todos los meses.

—Desde luego que no.

Grover llamó al camarero y le pidió otros dos vasos. Estuvimos en silencio hasta que nos hubieron servido. El bebió la mitad del vaso. Yo apenas probé un sorbo.

—¿He satisfecho tu curiosidad? —Gruñó al fin.

—Creo que sí.

—¿Vas a pagar?

—No lo sé. Estoy tentado de negarme.

Soltó un rotundo taco.

—¿Es que no has escuchado nada de cuánto acabo de decirte o qué diablos pasa contigo?

—Lo pensaré. Supongo que acabaré pagando, claro...

Acabé el *whisky* y me levanté. Estreché su mano un tanto precipitadamente.

—De cualquier modo, ten cuidado —me recomendó.

Mientras conducía de vuelta al centro le di vueltas al asunto.

No se trataba de que la cantidad a pagar fuera más o menos elevada. Sería elevada para mí de todos modos, contando con la suma que debía remitir todos los meses para el sostenimiento y los estudios de Stephen.

Ese dinero debía ser remitido todos los meses. Ni Simpson ni el mismo Satanás conseguiría evitarlo, aunque para ello hubiera de devolver golpe por golpe. Si había que robar, robaría. Y si había que matar, entonces, señor Simpson, mataría. Pero continuaría remitiendo el dinero necesario para que el pequeño Stephen pudiera ser un hombre de bien.

De cualquier modo decidí que valía la pena tragarse el orgullo y visitar a la amigueta de Simpson, aquella Vera Field que por lo visto tenía cierto ascendiente sobre el gran bastardo. Quizá, ella pudiera calmar la voraz ansia de dinero de su amante en beneficio de un lobo solitario como yo, un paria sin nadie que luchase por él, ni que le recomendase...

Pero con un poderoso motivo para sobrevivir.

Mi pequeño e indefenso Stephen.

CAPÍTULO III

Vera Field no estaba en su casa de Beverly Hills.

Me informó de ello una pizpireta doncella que me contempló al principio con el recelo de quien está saturado de agentes de seguros, vendedores a domicilio y coleccionistas de autógrafos.

Tras un breve escarceo, me confesó que su ama posiblemente estaba en un lugar llamado

Pip's,

un local muy «exclusivo», según sus palabras.

Volví al coche y miré el reloj. Apenas eran las ocho y media. El cielo se había encapotado y el aire estaba impregnado de humedad.

Conduje cuesta abajo, viendo frente a mí, aún bañada por la tenue luz del anochecer que recordaba los esplendores del verano, la palpitante ciudad que bullía de luz y actividad. Me agradaba Los Ángeles... Había ruido, pujanza, riqueza. Fuerza. Y hasta cierto punto yo me sentía contagiado por esa fuerza, Vivía intensamente, como en mucho tiempo no lo había logrado. Eso representaba mucho para mí después de vegetar largos años entre los muros de un penal, rodeado de cerrados horizontes y de quietud. El torbellino de la ciudad había hecho renacer en mí las ansias de vivir.

El letrero luminoso de

Pip's

apareció bruscamente en un recodo. Dejé el coche donde pude y caminé hacia la entrada.

Un impresionante portero galoneado me saludó ceremoniosamente. Le devolví la sonrisa. Eso no me costaba nada.

El interior era un mundo de luces suaves, discretas, donde se hablaba en susurros y uno tenía la sensación de flotar en un mar de tenue música y perfumes costosos. No había mucha gente a esa hora temprana de la noche. Había esa clase de ciudadano que busca la aventura fácil, un poco de emoción equívoca tasada a peso de siete

a nueve, antes de regresar a su hogar.

Un *maître* obsequioso me llevó a una diminuta mesa. Uno no menos obsequioso camarero trajo el *whisky* pedido y yo pude contemplar el panorama.

Al fondo, sobre un ligero estrado, actuaba una buena orquesta que debía costar un capital. Todavía no bailaba nadie y la música sólo servía de suave fondo a las susurradas conversaciones.

Evocando algunas películas y no pocas portadas de revistas, recordé el rostro de Vera Field. El original estaba en una mesa en compañía de tres hombres y el estómago se me revolvió al pensar que uno de ellos quizá fuese Ernie Simpson.

Mientras estaba mirando hacia aquella mesa, la pelirroja Sibyl apareció procedente de unos pesados cortinajes que había al fondo y fue a reunirse con ellos.

Tuve que confesarme que mi corazón latió con más fuerza al verla. Llevaba un delicado vestido de tarde de color negro que insinuaba todo lo que ocultaba y descubría entre encajes la redondez pujante de sus senos.

Por alguna extraña pirueta de la naturaleza, Sibyl poseía la fragancia de la juventud que yo había dejado atrás, y era descaradamente sincera y ardiente.

A su lado, Vera Field quizá resultara mucho más espectacular y sofisticada. Claro que tenía el encanto de la popularidad y Ernie debía valorarlo convenientemente.

Los dos hombres eran distintos en gran manera uno del otro. Uno era un muchacho alto y cuadrado que vestía con elegancia. Su cara era de facciones correctas, pero inexpresivas y tan impersonales como una gárgola.

El otro era un tipo grueso, musculado y tosco, con aspecto de minero recién liberado de la esclavitud del pico, los barrenos y las taladradoras.

El otro tenía la cabeza grande, el cabello cortado a cepillo y embutía su delgado cuerpo en un *smoking* cortado por la mano de un maestro. Pensé que toda la personalidad de aquel hombre residía en su mirada, gris y fría como un témpano. Si aquél era Ernie Simpson, yo hubiera podido enviarlo al otro extremo del local con un solo guantazo.

Aunque, si realmente era Ernie Simpson, habría gente suficiente

a su alrededor para que yo no pudiera acercarme siquiera a él.

Entonces, Sibyl paseó la mirada en torno y me descubrió. Enarcó las cejas con evidente sobresalto. Sonrió. Y al fin se inclinó hacia el hombre de mirada helada y le habló en voz baja. El tipo se encogió de hombros y ella se levantó y vino hacia mí, contoneándose de aquella manera que a uno le hacía pensar en el suave ir y venir del oleaje.

Se detuvo un instante frente a mí, se rió quedo y sentándose al fin, dijo:

—Hola, forastero.

Sus dientes brillaban como perlas entre el rojo sangre de sus labios. Recordé que aquella boca me había besado y solté un gruñido.

—¿Cuál de los tres ejemplares es su amo, pelirroja?

—El del *smoking*. ¿Por qué has venido aquí, forastero? A menos que te guste asomarte al abismo, has cometido un error.

—Antes de pagar quiero apurar todos los resortes.

Hizo un gesto de fastidio.

—Eso es una tontería, querido. Pero tú no eres un tipo vulgar, me di cuenta de eso cuando te besé. ¿Qué hay en tu pasado que te ha amargado de este modo?

—Ustedes saben todo lo que hay que saber de mí. Respóndase a sí misma.

—Personalmente, no conozco los detalles. Me gustaría saber más de ti.

No repliqué. Entre otras razones porque su condenado vestido hacía prodigios de moldeado con su cuerpo y desbarataba mis ideas.

—En serio —dijo—. ¿Por qué has venido a este lugar?

No podía decirle que buscaba a Vera.

Así que solté:

—Quiero hablar con Simpson personalmente. ¿Le importaría traerlo aquí para tener una ligera charla con él?

La sonrisa se borró de sus labios como si jamás hubiera estado allí.

—Mira, Frank... ¿Es ése tu nombre? Sí, Frank Caín. Eso es. Bueno, voy a decirte algo y no lo eches en saco roto. Ernie Simpson no es de los que acuden a la llamada de nadie. Si deseas hablar con él, habrás de pedir hora, esperar... y hablarle con mucho cuidado.

—Todo eso terminó cuando Ramsés III descendió a la tumba. Lo siento, pelirroja, pero en mi situación todas esas formalidades están fuera de lugar.

En aquel instante, y quizá por efecto del *whisky*, o por la absurda y falsa hombría de impresionarla, yo mismo creía que estaba en condiciones de llegar adonde quisiera. También debían tener parte de culpa sus condenados encajes insinuando los secretos de su piel. Cualquiera sabe.

Movió la cabeza con pesar.

—Sigues el peor camino que pudiste haber elegido —murmuró sin alterarse—. Dime, ¿cómo se te ocurrió instalar un bar?

—Me pareció lo mejor en mis condiciones. Y mis ahorros no llegaban para negocios de más altos vuelos. Después de todo, un bar no es nada malo si no existieran tipos como Ernie Simpson.

—Comprendo. Pero cien dólares al mes no arruinan a nadie, Frank, querido... Te quedará lo suficiente para esperar tiempos mejores.

Había ironía en su voz. Pero yo no estaba para burlas.

—¡No puedo esperar tiempos mejores! —estalló—. Necesito todo el dinero posible...

—¿Para qué?

—Maldito si te importa.

—¿Tal vez los necesitas para tus periódicos envíos de fondos?

—Si vuelve a mencionar eso, burlándose, le retorceré el pescuezo aquí mismo, pelirroja.

Ni siquiera se inmutó. Siguió mirándome con una inquisitiva expresión en su hermoso rostro. Pero ya no había burla en ella entonces.

Hasta que volvió a sonreír y dijo:

—Detesto las conversaciones dramáticas, no me gustan, Caín. En cambio, y maldito si sé por qué razón, me gustas tú. Quizá sea porque no pude arrancarte aquel beso... Nunca me había sucedido antes. ¿Te acuerdas de mi boca, forastero?

—Usted también se acordaría si le hubieran colocado un hierro candente en los labios.

Eso le gustó. Se rió con suavidad y sus ojos vagaron un momento por mi cara antes de fijarse en los míos.

—Bueno, querido —dijo de pronto—; sé que voy a hacer una

tontería, pero de vez en cuando conviene hacer tonterías o se anquilosa una. Vete sin armar escándalo. Deja el asunto en mis manos y tal vez logre convencer a Ernie de que te deje en paz. A pesar de todo y muy de tarde en tarde se deja aconsejar por mí.

—¿A pesar de Vera también?

Frunció el ceño.

—A pesar de ella.

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Nunca me ha gustado escudarme detrás de las faldas de una mujer. Y ya soy viejo para empezar ahora.

—¿Prefieres que te arruinen?

—Prefiero solucionar mis problemas por mí mismo. Y Ernie se ha convertido en todo un problema, pelirroja.

Suspiró, comenzando a enfurecerse.

—Siempre supe que era idiota preocuparme por los tontos. Cualquier hombre aceptaría la sugerencia como una orden. Cualquier hombre...

—Cualquier hombre —la interrumpí—, aceptaría sus proposiciones, pero sólo para hablar de amor con usted. Es de esa clase.

—Eso también te gustaría a ti. ¿O no?

—Maldito si lo sé.

Encendió un cigarrillo, mirándome con las pupilas entrecerradas. Desde luego, había perdido las ganas de bromear.

—Sólo trato de ayudarte, Caín. Ignoro aún por qué razón, pero es así. ¿No lo comprendes?

—No quiero su ayuda. Para mí sería lo mismo que si adoptase de repente su misma profesión. Como si me vendiera igual que una buscona cualquiera.

Dio un respingo y su mirada se llenó de cólera.

Luego, poco a poco, se relajó. Aspiró aire con tanta intensidad que su escote se agrandó hasta un extremo inverosímil. Acabó por sonreír de una manera extraña y murmuró poniéndose en pie:

—Tienes razón, Frank, desde luego, aunque no debiste decir eso.

Algo estaba sucediéndome. Algo desconocido hasta entonces y que me volvía torpe y lento.

Traté de levantarme también. Lo hice muy mal y casi derribé la mesita. El vaso rodó y se hizo añicos contra el suelo y al atrapar la

mesa de un zarpazo, derribé una silla.

Ella murmuró precipitadamente:

—Vete de aquí, Caín. Vete aprisa.

Miré hacia la mesa de Simpson. El también estaba mirando a causa del estrépito. El tipo con pinta de minero hizo algo más que mirar. Se levantó y vino hacia nosotros.

Sibyl advirtió:

—¡Cuidado! Ése es Rocky Martin.

—No me diga que se inquieta por mí, pelirroja.

—No seas loco...

La llegada del minero hizo que ella se callara. El hombrón se quedó mirando los restos del vaso y enderezó la silla caída.

—¿Qué demonios le pasa a ese tipo, nena? —preguntó encarándose con ella—. ¿Está loco o qué?

Adiviné más que vi la llegada de otro satélite procedente de mis espaldas. Sibyl era allí adonde estaba mirando con evidente sobresalto.

La cosa se complicaba. Le sonreí a Rocky.

—Bueno, ¿qué pasa? Sólo se ha roto un vaso —dije.

—Si desea permanecer aquí tendrá que comportarse con corrección. De lo contrario...

—¿Qué, minero?

—Podríamos echarle a la calle asiéndole por el fondillo de los pantalones.

Sibyl le rozó el brazo al mismo tiempo que le advertía:

—Ha bebido demasiado, Rocky. Déjalo.

Se volvió hacia mí. Nunca olvidaré la expresión de su mirada. Sostuvo la mía un largo instante hasta hacerme vacilar, y la súplica que había en sus ojos me puso en guardia. Pero recordé que estaba de por medio Ernie Simpson, su maldita extorsión y todo lo demás, y eso estropeó las cosas.

—Me excité —dije—. Ya sabe..., el *whisky*, el calor y las chicas...

—Ya sé.

Iba a continuar su camino, muy ufano, cuando mi mano le detuvo presionándole el hombro.

—Un momento aún, minero. No he terminado.

Me miró por encima del hombro. Comenzaba a enfurecerse.

—Quiero que le diga a su amo que no me dejaré exprimir, que conmigo se ha equivocado. Dígale que guardo un viejo recuerdo que está deseando que se le quite el polvo... Es un «45». Ande y dígaselo.

Se volvió echando chispas. Si yo hubiera sido un imberbe inexperto me habría hecho pedazos. Sólo que yo había aprendido en una escuela más dura que la suya y le vi venir, de manera que sólo me anticipó. Le sujeté la muñeca, me ladeé un poco y dobló el espinazo al mismo tiempo que giraba con todo el peso sobre la pierna derecha. El resultado de toda esta exhibición fue que Rocky voló por encima de mí y cayó de cabeza contra el matón que había venido por mi retaguardia. Hubo un sonoro crujido de madera astillada cuando los dos se derrumbaron sobre una mesa, y algunos gritos de alarma de la gente que se daba prisa por apartarse.

—¡Basta, Caín! —chilló Sibyl, tirando de mi brazo.

Ernie se había incorporado y contemplaba la escena con ojos incrédulos. Después abandonó la mesa y se introdujo por la cortina que había detrás de él.

Sibyl seguía tirando de mi manga y exclamó:

—¡Maldito tonto! Ven conmigo... Me arriesgaré a sacarte de aquí antes de que te maten...

Rocky se frotaba la cabeza con ambas manos, sentado en el suelo entre las astillas de la mesa. Sibyl tiró de mí desesperadamente y siguiéndola dejamos el salón para salir por una puerta lateral, a una solitaria calleja que limitaba el local en su parte posterior. Comenzaba a lloviznar y la niebla se adueñaba de la ciudad poco a poco.

Nos detuvimos cerca de la esquina. Sibyl apoyó la espalda contra un muro y quedamos mirándonos fijamente. Su pecho se agitaba violentamente. Estaba pálida y sus hermosos ojos tenían círculos violáceos.

—¿Por qué tuviste que hacer eso? —bufó, colérica—. Yo hubiera tratado de salvarte, de evitarte el pago... Ahora, nadie sabe lo que hará Ernie. Le has desafiado, provocado descaradamente...

—Aún no le he aplastado la cabeza.

—Debes estar loco de remate, sólo así se comprende que... Bueno, dejémoslo. ¿Tienes coche?

—En la esquina.

—Vamos.

Nos metimos en el auto. Ella suspiró, recostándose en el asiento. Cerró los ojos y murmuró:

—Está bien, he sido tu hada buena, así que bésame, y esta vez haz un buen trabajo. Pero no te entretengas demasiado por si envía a alguien en tu busca.

La obedecí, claro. Lo estaba deseando aunque no me atreviera a confesármelo a mí mismo.

De modo que sí; hice un buen trabajo. Sólo que entonces descubrí un par de cosas que no dejaron de inquietarme. En primer lugar, me di cuenta que toda mi pretendida dureza había sido pura farsa y que en aquellos instantes, abrazado a la muchacha, estaba temblando. Luego, advertí que a pesar de todo, yo era todavía capaz de experimentar algo más que simple interés por una mujer, y eso sí era como para inquietarme.

Al fin ella se apartó y salimos zumbando.

CAPÍTULO IV

Llevé el coche hacia el Wilshire Boulevard. Sentía una absurda sensación de alegría en mi fuero interno, como si en lugar de haber hecho el ridículo hubiera llevado a cabo una hazaña heroica.

Sibyl permanecía en silencio a mi lado, esperando que yo habíase o quizá tratando de averiguar por sí misma la razón de haberme echado una mano cuando más lo necesitaba.

—¿Adónde vamos?

Estoy seguro de que no le importaba en absoluto nuestro destino, como tampoco me importaba a mí.

—No lo sé —dije.

Me miró de reojo con el ceño fruncido. Sus ojos parecían arder con una extraña llama.

—Frank, debes hacerme caso —murmuró de repente—. Después de lo sucedido en el propio local de Ernie tienes que largarte una temporada.

—

¿Pip's

pertenece a tu amo?

—Es suyo. Y deja de hablar como un estúpido. Yo no tengo amo, liquida mañana mismo tu bar y esfúmate, Vuelve a Arizona, o a cualquier otro lugar donde estar seguro. Ernie ya no puede dejarte en paz después de lo que hiciste con su brazo derecho...

—Ojalá se lo hubiera roto.

—Sigue diciendo tonterías y verás cómo terminas. Tú no le conoces, Frank —dijo, impacientándose—. Sólo el tiempo hará que se olvide de ti.

—No voy a huir, Sibyl. No es que yo sea más valiente que los demás, no vayas a creer que fanfarroneo. Pero aquí me establecí invirtiendo hasta mi último centavo y aquí me quedaré.

—Sí, bajo tierra —replicó colérica—. ¿Estás loco, o qué

demonios pasa contigo? Éste no es un asunto de valentía o cobardía. Se trata de luchar contra lo imposible. Enfrentarse con Ernie es lo mismo que luchar contra un tanque sin más armas que un cuchillo de cocina.

—Se puede clavar el cuchillo en el corazón del que maneja el tanque.

Resopló con ira mal contenida. Pensé que ya estaba arrepintiéndose de haberse puesto a mi lado.

Dejé que el silencio se prolongara un buen rato. Luego, quizá para que ella no volviera a predecirme desastres que me aguardaban, pregunté:

—¿Cómo fuiste a parar entre las garras de ese bastardo?

Se encogió de hombros y tardó en aventurar una respuesta.

—Es difícil saberlo —murmuró al fin—. Yo era muy joven entonces y él se había casado con mi hermana. Todavía no era poderoso, pero ya empezaba a despuntar en su mundo. Después, mi hermana murió y yo quedé sola. El me tomó a su cargo. Y yo tenía que vivir. Le ayudé... y sigo ayudándole, y él me ha pagado siempre al contado, en moneda contante y sonante.

—Ya veo. También debe pagarle al contado a Vera.

—Es distinto... Yo nunca he sido para él lo que es Vera en realidad.

—¿No?

Debió captar el sarcasmo en mi voz, porque dijo:

—Bueno, sólo al principio.

—No lo he preguntado por nada en particular. De cualquier modo, no me interesa, es sólo asunto tuyo.

No replicó y seguimos rodando un buen trecho en silencio.

Luego, como si despertara de un sueño, posó su mano sobre mi brazo y dijo en voz baja:

—Sigue por ese desvío a la derecha, Frank.

—¿Por qué? Ésa es la dirección de la playa.

—Ya lo sé. Nací en Los Ángeles.

Hice lo que quería y conduje el coche por la ruta que se dirigía a la costa. Bordeamos Malibú y tras un recodo surgió un enorme rótulo a un lado de la carretera.

—Para ahí —ordenó.

Metí el coche por el camino privado del parador. Desde allí se

oía el chapoteo del mar al estrellarse contra las rocas. El aire rumoreaba entre los pinos y leves jirones de niebla flotaban semejantes a fantasmas indiferentes.

Alquilamos una cabaña. Compré una botella y después de pagar cerré la puerta del aposento y me quedé mirando a la muchacha.

—Bueno, tú elegiste el hogar.

Encontramos vasos en un estante y hielo en un pequeño frigorífico de la cocina.

Mientras preparaba unos tragos, ella murmuró:

—¿Qué diablos pasa entre nosotros, Frank?

—No lo sé, pero sea lo que sea, tú y yo militamos en campos opuestos.

Le di su vaso y fuimos a sentarnos en el diván.

Sin probar el *whisky*, dejó el vaso sobre una mesita y se echó materialmente en mis brazos. La besé, y de nuevo hice un buen trabajo si he de juzgar por su reacción.

La estreché contra mí casi haciéndole daño. Hubiera deseado fundirla en mi pecho, calmar la hoguera que crepitaba en mí con ansias retenidas durante años y años.

Cuando ella se apartó, jadeaba violentamente. Instintivamente, tomó su vaso y bebió. Jadeando aún, preguntó:

—¿Qué sucedió, Frank?

—¿Cuándo?

—Cuando te encerraron.

Titubeé. Me dolía hablar de aquello que yo deseaba olvidar. Sin embargo, decidí contárselo de arriba abajo. Había amado a una mujer, con ese amor tranquilo y reposado que uno aporta al matrimonio después de unas relaciones normales. Todo fue bien hasta que descubrí que ella, la madre de Stephen, me engañaba. Aún recordaba el vendaval de odio que se apoderó de mí cuando lo supe. Pero quise cerciorarme y al fin la sorprendí con un individuo que resultó ser un agente de policía. Quiso dárselas de héroe delante de su amante y pretendió disparar primero contra mí. Olvidó que desde que yo estaba sobre la pista vivía, comía y dormía con un revólver al alcance de la mano. Me anticipé y le dejé seco.

Por eso, y mis antecedentes de agente de apuestas clandestinas, había disfrutado de unas largas vacaciones entre rejas. Por fortuna, el tribunal consideró el hecho evidente de que yo había obrado bajo

enajenación momentánea, provocación y legítima defensa. En caso contrario hubiera envejecido en el penal.

Sibyl me miraba sin interrumpirme. Lo que vi en sus ojos me hizo comprender la suerte que había tenido después de todo lo pasado.

Sus manos se anudaron en mi nuca. Me besó suavemente, apenas un roce.

—Y a ella, ¿has vuelto a verla alguna vez? —musitó.

—No.

—¿La quieres aún?

—Rotundamente no.

—Pero..., ¿la quisiste mucho?

—Sí, creo que sí.

Me envolvió en el fuego mágico de sus manos y de sus besos. Mi conciencia quedó limitada exclusivamente alrededor de ella. Todo lo demás se volvió lejano y borroso.

Al cabo de unos minutos susurró:

—Algún día descubrirás que lo has olvidado todo... y entonces amarás a otra mujer.

—Tal vez.

—A mí. ¿No te parece?

—No es posible estar seguro de algo así ahora.

—Claro. Sólo bésame.

Se oprimió contra mí, colgándose de mi cuello. Pero no nos besamos entonces. Sólo permanecemos quietos, muy juntos, mirándonos al fondo de los ojos, como si cada uno quisiera descubrir en el otro las oscuras sombras del sucio y amargo pasado.

Con voz que apenas oí dijo:

—Te quiero...

Quizá no lo dijo. Tal vez fue solo el rumor del mar o el susurro del aire.

La besé.

El sol me despertó, deslizándose por entre las tiras de la persiana, y pintando rayas oscuras sobre las sábanas. Sibyl seguía durmiendo en la cama gemela y respiraba calmadamente.

Me levanté en silencio y fui al cuarto de baño. Me di una larga ducha y el agua fría hizo vibrar mis nervios y me despejó de la pesada modorra de la noche.

Cuando acabé de vestirme eran las ocho y media. Debía advertir a Eddie que le relevaría dentro de una hora y que tendría el resto del día libre, para compensarle del tiempo que había trabajado de más.

Así que descolgué el teléfono y disqué el número del bar.

No hubo respuesta.

Lo probé otra vez por si me había equivocado de número.

Siguió sin respuesta. Era absurdo.

Aún lo probé una vez más con el mismo resultado negativo.

Me pareció muy extraño que Eddie no hubiera acudido a la hora de costumbre. Era un muchacho serio y cumplidor. Estaba satisfecho de él, y él lo estaba del sueldo que le pegaba...

De repente, lo adiviné. Fue un chispazo. Me invadió un sudor helado y empecé a temblar sin poderme contener. A veces, adivinar las cosas resulta más doloroso que una bala en el corazón.

Sibyl sabía lo que iba a suceder aquella noche. Por eso había tenido tanto interés en mantenerme alejado de mi establecimiento todo el tiempo posible.

Una oleada de ira me acometió. De un salto estuve al lado de su cama. Ella dormía aún, cubierta a medias por la sábana. La atrapé por los cabellos levantándola en vilo. Cayó sobre la alfombra y me miró espantada, sin comprender.

—¡Levántate!

—¡Frank! ¿Qué sucede...? ¿Qué te he hecho yo...?

Obedeció mirándome con las pupilas desorbitadas.

—¡Frank! —balbuceó—. ¿Qué ha cambiado entre tú y yo?

—Puedes sentirte satisfecha, maldita zorra. Hiciste una buena representación.

Por segunda vez, una mujer se había burlado de mi hundiendo todo mi mundo, llevándome a la ruina. Sentí deseos de estrangularla. Pero no pude hacerlo. Sólo le solté dos bofetadas que la lanzaron a través del cuarto dando tumbos, hasta que cayó otra vez al suelo, horrorizada, sollozando con desesperación.

Yo no pensaba en otra cosa que en mis ahorros perdidos y en que mi ruina arrastraría inevitablemente al pequeño Stephen.

Tomé la chaqueta de un zarpazo y me dirigí a la puerta.

—¡Frank...! —exclamó Sibyl al fin—. ¡Vuelve..., no puedes dejarme así...!

La miré por última vez, derrumbada sobre la alfombra. No pudo hablar. Sollozaba.

Cerré la puerta de golpe y me fui. En mis entrañas rugía el infierno.

CAPÍTULO V

—Probablemente, la cafetera estalló —opinaba uno de los mirones—. De cualquier modo, lo que ha quedado no sirve ni para basura...

Había un círculo de curiosos que contemplaban el espectáculo con cierto interés morboso. De mi establecimiento no quedaba casi nada. Sólo las cuatro paredes, y aún éstas mostraban claras muestras de la explosión.

El sol mañanero arrancaba millares de reflejos de los fragmentos de cristal esparcidos por la acera y cerca del bordillo, donde los habían apilado para despejar la calzada. La mayor parte del mobiliario había sido convertido en astillas.

No quedaba otra cosa que hacer sino las maletas. De nuevo había fracasado en mi intento de convertirme en un ciudadano respetable, un padre digno del hijo que estudiaba y vivía lejos, donde no pudieran alcanzarle las salpicaduras de un trágico destino del que no era en absoluto responsable, sólo víctima.

Sin embargo, antes de darme por vencido, acometería el último de mis fracasos. Después, ya nada me importaría.

Me alejé sin darme a conocer a los agentes que custodiaban los restos de mi negocio. Me pregunté qué diablos custodiaban... Nadie iba a llevarse un montón de ruinas.

Tomé un taxi para ir a la Central de Policía, y allí pregunté por el teniente Auker. Le pasé recado de que me enviaba Grover y el policía me recibió a los pocos minutos.

Después de los saludos empecé a contarle lo sucedido. Comencé por el principio, claro.

No había llegado a la mitad cuando él me interrumpió.

—Escuche, amigo —dijo—; conozco a Grover e incluso siento una especie de debilidad por él, pero lo que usted trata de decirme es algo oficial. Haré que le atienda uno de nuestros especialistas y

abriremos una investigación...

—No.

—¿Cómo?

—No se trata de abrir una investigación y por mi parte doy por perdido el dinero invertido en el negocio. Todo lo que quiero es cambiar impresiones con usted, y que me informe acerca de cierto individuo. Grover me aseguró que podía confiar en usted y por eso he venido.

—Bien, adelante.

—Supongo que ha oído hablar de Ernie Simpson, teniente.

El nombre le hizo arrugar el ceño.

—Seguro —dijo—. Siga hablando.

—El es quien ha ordenado colocar una bomba en el bar —dije sin vacilar—. Claro que carezco de pruebas, pero...

Y le relaté todo sin olvidar el menor detalle, incluida mi aventura con Sibyl.

Me agradó su manera de escuchar, porque daba la impresión de estar materialmente colgado de lo que oía.

Quando callé se quedó quieto, mirándome, como digiriendo todo lo escuchado. Había una mirada quieta en sus grises y vivos ojos.

—No me gusta que me lo haya contado —dijo finalmente, como si hablara a regañadientes—. Es una gota: más que viene a colmar el vaso de la impotencia. Simpson está muy bien protegido, demasiado para las escasas fuerzas de un pobre polizonte. ¡Claro que me gustaría ver a Ernie colocado muy tieso al lado de Satanás, pero...! En fin, a muchas otras personas no les gustaría y todas ellas tienen mucho más poder que yo. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Así están las cosas. Me sorprende que Grover no se lo haya advertido.

—Lo ha hecho, teniente.

—Ya... Créame es un asunto que hiede por todos lados. No lo puede tocar sin chamuscarse los dedos.

Le miré con fijeza a la cara.

—Creo que de todos modos lo tocaré —dije.

Auker suspiró.

—Simpson tiene puntos débiles, como todo hijo de vecino, y usted no es el primer loco que intenta derribarlo de su pedestal.

Grover también lo intentó. Salió de estampida.

—Concretando —dije bruscamente—, usted no puede hacer nada por mí.

—Si para hacer algo por usted he de jugarle el cargo, no. Es el pan de mis hijos. Hay una legión de tipos por encima de mí, especialmente los de cargo electivo, que me aplastarían en cuanto lo intentase. A menos, claro está, de contar con pruebas tan evidentes que nadie pudiera desvirtuarlas sin riesgo de levantar en pie un tribunal federal. Y eso, amigo, tratándose de ese escorpión, es imposible.

—Veremos. El no necesita pruebas para actuar. Puede atacársele con sus mismas armas.

Sacudió la cabeza, disgustado.

—Amigo, si comete cualquier locura me obligará a perseguirle... y no quisiera hacerlo. Estoy seguro que usted está seguro de poder luchar con Simpson. Incluso es posible que piense en matarlo. Bueno, hágalo y habré de perseguirle hasta llevarlo ante un jurado.

Abandoné la silla y me quedé mirándole con ironía.

—No me juzgarán, teniente —aseguré—. Grover me conoce. Háblele de mí y comprenderá que no tengo nada que perder. Por lo menos, no lo tengo a partir de hoy, porque la única cadena que aún podía atarme a una vida respetable quedará rota en cuanto termine mi último centavo. Hasta la vista, teniente, y gracias por atenderme.

Salí de allí sin saber a ciencia cierta a qué atenerme respecto a Aufer. Pero por lo menos había desahogado mi ira.

Encontré a Grover en el Beachcombers, en Hollywood, pero esta vez no estaba solo. Le acompañaba una hermosa muchacha morena de aspecto resuelto. La joven vestía con sencillez un elegante traje sastre oscuro sin más complicaciones que la exhibición de unas notables curvas.

—Mi más sentido pésame, Frank —graznó Grover, engullendo una ostra de las que tenía frente a él—. Pasé por tu establecimiento y llegué a tiempo de ver a los tinos de la limpieza y a Eddie retirar toda la basura.

—Puedes ahorrarte los sarcasmos. No me quejo. Eso me proporciona el pretexto para engrasar al viejo *mataosos*.

—Si te encuentran con él encima, irás de cabeza a la «casa grande».

—Si me encuentran después que lo haya utilizado, te aseguro que no me importará.

Sacudió la cabezota y volviéndose hacia su acompañante, dijo:

—Maddy, te presento a un tipo con la cabeza más dura que una bola de billar. ¿Sabes a lo que se refiere cuando habla de un *mataosos*?

—Supongo que se trata de una escopeta de caza... —aventuró, sonriendo.

—¡Cuernos! Es una pistola del «45», recuerdo de su padre, o algo así. La ocultó cuando... Bueno, dejémoslo. Ahora parece que piensa desenterrarla.

Maddy me miró con más atención que hasta entonces. El negro fulgor de sus pupilas me alumbró durante unos instantes y yo también me fijé en ella con más detalle.

Espontáneamente, alargó la mano y yo se la estreché. Era delicada y suave y su calor pareció comunicarse a todo mi cuerpo.

Grover refunfuñó:

—Se llama Frank Caín, ricura, y no es nadie recomendable. A pesar de todo, mis bendiciones a los dos.

—Sigue haciendo el payaso, pero voy a proporcionarte material para tus reportajes, Grover. Simpson se ha pasado de rosca esta vez, colocándome entre la espada y la pared. No puedo hacer otra cosa que pelear.

—Asistiremos a tus funerales, muchacho. Siéntate y toma algo lo bastante frío para que calme tu fuego reivindicativo.

Siguió engullendo ostras y saboreando su aperitivo. Maddy sorbió su bebida, pensativa. Me miraba de un modo especulativo, como preguntándose cuánto había de bravata en lo que yo había dicho y cuánto de posibilidad.

Me trajeron lo que había pedido y bebí sin prestar atención al sabor.

—Escúchame, Grover —dije al fin—. Nadie es invencible en este mundo. Lo único que necesito son detalles del pasado de Simpson, de sus negocios, de sus métodos... Tú puedes proporcionarme todo eso, incluyendo lo que me hablaste del caso «Sartor». Por lo visto nadie se ha molestado en averiguar lo que tu amigo Jones descubrió en realidad.

—En cualquier caso, Jones ya no nos puede contar nada.

—No, pero imagino que un detective toma notas, abre fichas, escribe informes confidenciales. Alguien heredaría su oficina o sus pertenencias. ¿O no?

Grover dio un respingo y sus ojos se convirtieron en dos rendijas.

—¿Piensas que los asesinos de Jones dejarían esta posibilidad sin explorar? —Gruñó.

Antes de que yo pudiera replicar, Maddy dijo:

—Jones tenía un amigo íntimo. Habían compartido el apartamento durante cierto tiempo. Se llama Whitmann y él heredó cuánto tenía, que era bien poco.

—¿Quién es ese Whitmann? —pregunté, mirándola.

—Un desastre. La única actividad que se le conoce son las apuestas en las carreras de caballos. Se pasa más tiempo en el hipódromo que en su casa. Y cuando no está en el hipódromo, está bebiendo en alguna parte.

—Una alhaja, vamos —comentó Grover. Y le espetó a la hermosa muchacha—. ¿Te importaría decirme cómo estás tan enterada?

—Hubo un tiempo que deseé ocuparme de reportajes importantes, ya lo sabes. En aquella época escarbé aquí y allá, pero no me sirvió de nada. Me condenaron a los artículos de sociedad.

—Ya veo.

—¿Cree que podría localizar a ese tipo para mí, Maddy?

Estuvo observándome unos instantes.

—Posiblemente sí —murmuró dubitativamente.

—¿Ahora?

Sonrió y revolvió hacia Grover, diciendo:

—A tu amigo no le gusta perder el tiempo, ¿eh, gran hombre?

El aludido se encogió de hombros. Esbozó una mueca y dijo incongruentemente:

—Me gusta la cocina china, por eso vengo aquí. Los chinos son grandes filósofos y saben imprimir extrañas cualidades a sus sentencias. Recuerdo una que dice: «La prudencia es un don de los dioses que pocos atesoran. Pero los que por ella se rigen son reyes». En estos instantes me considero rey de reyes.

Se retrepó en su asiento como un largo buda satisfecho.

Maddy se levantó con una burlona expresión en el rostro.

—Nunca me han gustado las monarquías, querido —dijo con ironía—. Soy republicana de corazón, así que voy a acompañar a tu amigo.

—Te acompaño en el sentimiento —refunfuñó Grover, sin moverse.

—Si obtengo una buena serie, quizá te quiten el puesto y a ti te asignen mi sección —dijo ella, con esperanza—. Eso sería un premio justo a tu sedentaria vida.

—Dejadme en paz, ¿sí?

Salimos y ella me llevó hacia su coche. Cuando estuvimos rodando carretera adelante, dijo:

—Dije la verdad antes... Deseo conseguir una buena serie de reportajes sensacionales, y ésta puede ser una buena oportunidad.

—Quizá sí, pero habrá peligro, Maddy, así que usted se limitará a señalarme ese tal Whitmann y dejará lo demás para mí.

—Sé la clase de enemigo que es Ernie Simpson, no se preocupe por mí. Quien debe preocuparse es usted en realidad.

—Ya sé cómo opera, por lo menos, sé cómo lo ha hecho en mi caso. Allí, en lo que fue mi establecimiento, han quedado enterrados mis ahorros y un montón de esperanzas e ilusiones. Soy un tipo recalcitrante en eso de dejarme aplastar, ¿sabe? Tengo un hijo pequeño y...

Me di cuenta de que mis confidencias sentimentales podía guardarlas para mejor ocasión y cerré la boca dedicándome a contemplar las luces de la ciudad.

Hasta que ella preguntó, mirándome de reojo.

—¿Qué le ha pasado a su lengua, se encasquilló?

—Bueno, todo lo que iba a decirle pertenece a la sección de «lamentaciones» y he decidido cerrarla por una temporada. Olvídelo.

La miré y su hermoso perfil me produjo escalofríos. Comenzaba a encontrarle cierto parecido con la mujer que me obligó a disparar contra aquel tipo..., matándolo.

CAPÍTULO VI

El establecimiento era grande, tenía mesas de billar y una atmósfera que habría podido cortarse con un cuchillo.

El hombrecillo a quien Maddy había interpelado sacudió la cabeza.

—Like Whitmann no anda ya por aquí —dijo—. Frecuenta lugares de lujo ahora.

—¿Acertó algún pleno o qué?

—No, pero alguien le dejó dinero en herencia o algo así, creo que fue un detective...

Maddy cambió una rápida mirada conmigo.

—¿Sabe dónde podemos localizarle ahora?

—No sé dónde vive, también cambió de apartamento. Pero suele frecuentar ese tugurio de lujo llamado

Pip's.

Quizá lo encuentren allí.

Nos hizo un ademán de despedida y volvió a su partida de billar.

Cuando estuvimos en la calle, Maddy murmuró:

—¿Saca usted conclusiones, Caín? Ha dicho

Pip's,

y ese club pertenece a Ernie Simpson...

—Lo sé; fue donde tuve una trifulca con dos de sus guardaespaldas.

—Habré de cambiarme de ropa si quiero codearme con la «élite» que frecuenta ese tugurio. De todas formas, es aún muy temprano para ir allí.

—Se me ocurre que si me reconocen habrá muchas dificultades.

—Procure mantenerse en un segundo plano y deje que yo me entienda con Whitmann.

—Está bien.

Conducía con seguridad y mano firme. De pronto, dijo

reduciendo la marcha:

—Ocupo un diminuto apartamento con baño sin pretensiones, pero lo ocupo yo sola. Nada de compartirlo con una amiga. Me gusta la independencia y pagarme yo mis gastos. Además, no soy propicia a dejarme engatusar por cualquier amigo que me acompaña. Y no lo digo por usted.

—Eso quiere decir que va a invitarme a subir en su compañía.

—Mientras me cambio de ropa. Beberá un par de tragos, hablaremos un poco y después nos pondremos en campaña.

Me pareció una buena perspectiva, así que subí con ella y al entrar en él me pareció que el pequeño apartamento tenía impresa la dinámica personalidad de la muchacha.

Bebimos y encendimos cigarrillos y ninguno de los dos habló durante unos minutos.

Hasta que ella dijo:

—Grover me habló de usted, charlando por los codos...

—Así que ya lo sabe todo sobre mí.

—Por lo menos todo lo que sabe Grover respecto a su pasado. Debe haber sufrido mucho, Frank...

—No me quejo, entre otras razones porque no sirve de nada.

Apuró su bebida y aplastó medio el cigarrillo en un cenicero antes de dejarme solo para ir a cambiarse de vestido.

Cuando regresó, venía ajustándose uno de terciopelo negro, sin adornos, y tan apretado a su cuerpo que encontraba dificultades para adaptarlo a cada una de sus prietas curvas. Como todavía luchaba para acabar, de ajustárselo, pude distinguir la pujante juventud de sus senos, apretados dentro de un corpiño de encajes también negro.

Tras esto, se dedicó con exquisito cuidado a enfundarse unas finísimas medias de nylon. Me impresionó su manera de aceptar mi presencia y la sencilla naturalidad con que exhibió sus magníficas piernas ante mi atenta mirada.

Me sorprendió y sonrió.

—Gracias por no haber saltado sobre mí ni nada de todo esto, Frank —dijo—. Es usted un hombre de una pieza.

—Gracias, pero me ha costado un gran esfuerzo estarme quieto.

—No le creo.

Se enderezó contorsionándose para asegurarse de que las medias

habían quedado rectas e impecables. Suspiró, satisfecha, y volvió a servir licor y hielo.

—Desde el punto de vista de Ernie, y también de Whitmann, el caso Sartor está muerto y enterrado... —comentó—. Ésa puede ser nuestra ventaja.

—¿Ha dicho «nuestra»?

Rió franca y sonoramente.

—Supongo que va a ponerme obstáculos en mi colaboración. Mire, Frank; ya no se trata sólo de obtener un reportaje sensacional. Se trata de ver a Ernie Simpson donde debe estar, y si no me equivoco la única posibilidad que tengo de verlo es colaborando con usted.

—¿Está segura?

—Completamente. Quizá sea por su personalidad inquietante, Frank; o por su mirada que parece que ya haya visto todo lo que hay que ver en este mundo y en el otro... No me pregunte por qué exactamente, pero es así.

—Ojalá no se equivoque. De cualquier modo su posición y la mía en este asunto son diametralmente opuestas, Maddy. Yo no tengo nada que perder, pero usted...

—Pero sí tiene mucho que perder, Caín. Ya le dije que Grover me habló de usted. Sé que tiene un chiquillo...

—No hable de eso —la atajé bruscamente.

—Como guste. Pero algún día habrá de salir de ese caparazón en que se empeña en encerrarse.

Su comprensión hacia mí me hizo experimentar una profunda ternura, algo limpio y que no tenía nada que ver con el deseo ni ningún otro sentimiento turbio o sensual.

Y de paso, me maldije por dejar que en mi mente siguiera rondando la imagen de otra mujer que sí levantaba tempestades de pasión. No podía olvidar a Sibyl, que seguía apareciéndoseme como una antorcha de sensualismo, un cuerpo de mujer que se erguía sobre un pedestal en el que ofrecía todo el placer del mundo...

—¿Y bien? —murmuró Maddy, sacándome de mi ensimismamiento.

—Vámonos.

Me detuvo junto a la puerta apoyando su mano en mi brazo.

—Espera un minuto —dijo, tuteándome.

—¿Qué ocurre?

—Nada de violencia esta noche. Trata de pasar desapercibido y déjame hablar a mí. A pesar de todo, Frank, aún no es el momento de desenterrar el hacha de la guerra.

—De acuerdo, tú llevas la batuta.

Condujo el coche y no cambiamos una palabra en todo el trayecto hasta las proximidades del local de Simpson.

En la acera aún me sonrió.

—Para ti quizá signifique sólo una venganza, Frank —dijo, tomándome la mano—, pero debes comprender que tanto para mí como para la sociedad es mucho más que eso... Es extirpar un cáncer que corrompe cuánto toca.

—¡Al diablo la sociedad, Maddy! No es por la sociedad por la que quiero ajustar las cuentas a ese bastardo.

—Pero yo sí. Y quiero hacerlo legalmente.

Suspiré y lo dejé correr. Ella echó a andar y la seguí.

El club bullía de animación. La orquesta era sólo un tenue fondo musical y nadie bailaba aún. Era esa hora en que se reunían una gran cantidad de mequetrefes, golfos y niños de papá deseosos de demostrar que ellos vivían mejor que nadie, y que podían darse el gustazo de derrochar el dinero invitando a media docena de fulanas por cabeza.

Yo no conocía a Whitmann, así que le dejé la iniciativa a Maddy y ésta no tardó en localizarlo.

Estaba en la barra acompañado de una opulenta rubia, y ambos parecían haber establecido un campeonato de bebedores.

En una mesa, Ernie Simpson estaba en compañía de las mismas personas que la noche anterior, excepto Sibyl. De ella no vi el menor rastro.

Me coloqué detrás de una columna, al extremo del bar. Maddy se acercó a Whitmann y su rubia y les habló despreocupadamente. La rubia se echó a reír y asintió con enérgicos cabezazos. Tras esto, Whitmann abandonó el taburete y caminó vacilante al lado de Maddy hasta detenerse a dos pasos de mi escondrijo. Los dos se apoyaron en el mostrador.

Whitmann tartajeó:

—Bueno, ya estamos solos... ¿qué es eso... tan importante?

La muchacha no se andó con rodeos. La chica sabía cómo tratar

a aquel tipo.

—Like —susurró—. He sabido que alguien te ha echado el ojo. Van a ir a por ti. ¿Sospechas por qué motivo?

Si dijera que Whitmann se serenó de golpe mentiría. Pero su voz resultó mucho más segura y todo su cuerpo se envaró.

—Maddy..., tú siempre has sido una buena chica. Incluso una vez te di un «soplo» para Santa Anita y sacaste una buena tajada. Dime quién está detrás de mí y por qué, ¿quieres?

—Sabrás quiénes son cuando te coloquen ante una luz cegadora y te quemen las pupilas y te vuelvan loco entre media docena de polizontes brutos y salvajes.

Entonces te verás obligado a cantar todo lo que sepas. ¿Has oído hablar de la Brigada Secreta?

Whitmann tuvo que apoyarse contra el mostrador. Estaba lívido.

Mencionarle la Brigada Secreta, la fuerza de policía más implacable e incorruptible de Los Ángeles le había puesto enfermo.

—Un momento, Maddy, un momento —balbució—. Déjame pensar... ¿Qué diablos es lo que pasa?

Siguiendo con su representación, la muchacha se miró las uñas y suspiró:

—Alguien ha sentido un renovado interés por lo de Jones y está tirando del hilo.

—¡Yo no tuve nada que ver con eso!

—Heredaste de él, Like.

—Sólo deudas. Jones estaba en mala situación cuando murió.

—Hubo algo más. El archivo, Like. Jones tenía un archivo completísimo sobre todos los casos en los que había trabajado.

El tipo parecía a punto de ahogarse.

—¡Pero la policía lo revisó de arriba abajo! Estuvieron una semana recopilando datos... todo pasó a su poder.

—Excepto un *dossier*.

—¿Qué?

—No encontraron nada respecto al caso Sartor. Y según tengo entendido eso es lo que se han propuesto desenterrar.

Whitmann la miró con los ojos saltones, aterrado. Maddy parecía tan segura de sí misma como si todo lo que estaba diciendo respondiera a una verdad absoluta.

Con voz ahogada, casi un quejido, el borracho balbució:

—Pero yo creí que...

Aquí se interrumpió. Luchaba para recobrase del golpe.

—Sí, ya sé —dijo Maddy—. Tú creíste que los polizontes no sabían una palabra del caso Sartor. Pero a mí me gusta husmear y sé que van a sacarlo a la luz de las candilejas. Y puede que nosotros les ayudemos.

—¿Vosotros?

—La Prensa, querido. Imagina lo que pasaría si pusiéramos un gran interrogante en primera página. La gente empezaría a pedir cabezas y la tuya olería a pólvora.

Whitmann estaba sumergido en una marea de incertidumbre y temor. Se llevó el vaso a los labios y lo vació.

—¿Qué... qué diablos puedo hacer yo? —masculló finalmente, con una voz que apenas se oyó.

—Ponerte a salvo —le insinuó la muchacha.

—¿Cómo?

—Sacando la verdad del caso Sartor. Todo lo que Jones había averiguado cuando le mataron de una paliza.

Eso fue la puntilla. Le vi ponerse lívido y después su cara adquirió un color terroso que daba grima.

Estaba tan descompuesto que pensé iba a caerse al suelo en cualquier momento. Le vi volver la cabeza y sorprendí su terrible sobresalto cuando advirtió que Ernie Simpson estaba mirándoles con sus ojos de pescado muerto.

—No sé nada de eso, Maddy —jadeó—. Lo juro. No existe ningún *dossier* sobre ese asunto...

—Pero existió antes que la policía metiera mano en los archivos. Sólo tú pudiste retirarlo a tiempo.

—¡Te juro que no!

Ella se encogió de hombros.

—Como quieras... —suspiró—. De todos modos el asunto va a reventar en cualquier momento. Te crucificaremos y lo que quede de ti no lo querrán ni los perros.

—Pero ¿qué tienes contra mí, maldita sea?

—No levantes la voz, estás llamando la atención y eso tampoco te conviene... Tú retiraste el *dossier*. Tal vez conservaste una copia. Confíalo a la Prensa y te protegeremos.

—Estás pidiendo imposibles.

—Entonces, lee mañana el periódico y te llevarás una sorpresa. Diviértete mientras puedas.

Maddy hizo ademán de alejarse del beodo. Whitmann disparó la mano y la detuvo atrapándola por el brazo.

—Espera un minuto...

—Adiós, querido.

—¿Te das cuenta de que ni tu vida ni la mía valdría un centavo si te hiciera caso?

—Me doy cuenta.

—Y aun así...

—Nadie podrá silenciar a la Prensa cuando el asunto se dispare.

El hombre estaba sudando. De pronto susurró:

—Tú ganas.

—Es la única decisión sensata que podías tomar. Y ahora disimula, Like. Ernie no nos quita el ojo de encima. Ríete como si estuviésemos contándonos un chiste... ¡Disimula, por lo que más quieras!

Los dos se echaron a reír. Maddy con suprema naturalidad, pero Like con una aguda nota histérica.

Entonces la muchacha le tendió la mano.

—Te esperaré esta misma noche en la redacción del periódico, Like —le advirtió—. Si olvidas acudir te recordaré tu compromiso en la edición de la mañana. ¿Entendido?

El cabeceó asintiendo. Tenía el aspecto de un peso mosca enfrentado a un peso máximo después del décimo asalto.

Entonces descubrió a Sibyl. Habló unos segundos con Ernie Simpson y luego se dirigió al mostrador. En el instante en que se apoyaba en él me vio. No me sirvió de nada la columna.

Fue como una sacudida. Experimenté un violento deseo, como si en un segundo quisiera volver a vivir el romance pasado juntos. Deseé que toda ella me perteneciera por entero.

Maddy dijo sin mirarme:

—Tienes la serpiente al alcance de la mano, Frank... ten cuidado.

Ernie se había levantado y se dirigía hacia el estrado de la orquesta, saludando aquí y allá. Vi cómo la mayoría de quienes distinguía con su saludo se levantaban y le seguían disimuladamente.

Maddy ya no disimuló entonces y dijo:

—Hemos de sacar a ese borracho de aquí, Frank. No me gusta esa súbita reunión de Ernie y sus esbirros.

Habló con Whitmann, que se había apartado de ella. Si antes el hombre había parecido lívido, entonces se puso de color verdoso. Saltó del taburete y se dirigió a la puerta. Tras un instante, Maddy le siguió sin apresurarse.

Cuando busqué a Sibyl con la mirada tampoco pude verla por ninguna parte. Supuse que también ella había sido llamada a la reunión del alto estado mayor del crimen.

Así que me encaminé a la salida.

Whitmann estaba junto al bordillo tratando de cazar un taxi.

Maddy me había esperado y permanecía muy quieta a un lado de la puerta. Me detuve a su lado.

—Buen trabajo —comenté—, aunque quizá te has pasado de rosca.

—Era preciso forzar el ritmo.

Entonces comenzaron a suceder cosas. Fue como una representación de una comedia bien ensayada.

Dos tipos se detuvieron junto a Whitmann en el justo momento en que un coche negro se pegaba a la acera. Una portezuela se abrió y el borracho desapareció dentro del auto como por arte de magia. Los dos fulanos saltaron también dentro y el coche aceleró y en menos de cinco segundos todo estuvo consumado.

Maddy reaccionó antes que yo, llena de cólera. Gritó y echó a correr por la acera en seguimiento del coche que aceleraba. Juré en todos los tonos porque yo estaba desarmado y no podía hacer nada.

Busqué algún taxi con la mirada, pero no apareció ninguno. Corrí hacia el bordillo y miré arriba y abajo, frenético. No vi un taxi en todo cuanto alcanzaba la vista.

Me volví en la dirección por donde Maddy se había alejado. Y todo el hielo de la muerte culebreó por mi espinaza al ver cómo dos individuos más introducían a la muchacha en otro coche, ante el estupor de dos o tres transeúntes que no mostraban el menor deseo de intervenir.

Cuando el auto aceleró con un aullido de sus neumáticos, yo estaba corriendo como un gamo, aunque sabía por anticipado que no conseguiría nada.

Todo lo que conseguí fue quedar jadeando en la esquina, maldiciendo y temblando de ira y desesperación.

En aquel instante, algo duro se incrustó en mi espalda y me puse rígido.

La voz de Sibyl farfulló detrás de mí:

—Retrocede sin volverte, Caín. Tienes una pistola apuntándote, así que no hagas tonterías.

Hubiera podido estrangularla. La suerte de Maddy me ponía frenético.

Retrocedí paso a paso hacia más allá de la esquina. Noté que ella me obligaba a penetrar en un portal profundo y oscuro.

—Quieto ahora.

—¿Por qué no disparas? Ernie te daría un buen premio por mi cabeza.

—Una cabeza llena de serrín. ¿No te das cuenta que te la volarán si tratas de seguirlos?

—¡Qué cosas! De modo que estás haciéndome un favor...

—Ya puedes jurarlo sobre un montón de Biblias. A ellos les necesitan vivos, pero a ti te matarán si les das la oportunidad.

Me volví. En la penumbra, su rostro era apenas una mancha pálida.

—Si estás diciendo la verdad, dame esa pistola y dime dónde están apostados...

—Estás loco. No puedes luchar contra profesionales. Quédate quieto y espera.

—¡No puedo quedarme esperando mientras se llevan a Maddy!

—Tampoco puedes evitarlo a estas horas.

—¿Por qué se la han llevado? Tú debes saberlo, maldita zorra.

—Insúltame como acción de gracias... ¡Qué tipo! ¿Creías que Ernie era idiota? Les ha observado todo el tiempo y sospecha que algo está cociéndose. Disimula ahora.

Me rodeó el cuello con los brazos. Su boca se incendió contra la mía, poniendo en práctica toda su experta sabiduría en ese menester.

Oí unos pasos muy cerca. Por el rabillo del ojo vi pasar a dos tipos muy parecidos a Rocky. Nos echaron una mirada y siguieron adelante.

Sibyl se apartó jadeando. Yo no jadeaba menos.

—Ésos te buscaban a ti, querido bastardo. Ahora quizá me agradezcas lo que acabo de hacer por ti. Pero habrás de agradecerme en cualquier otro lugar..., ésta es peligroso. Vámonos.

Y nos fuimos.

CAPÍTULO VII

—¿Adónde los han llevado? —pregunté cuando estuvimos rodando a bordo de su coche.

—No lo sé. Y no te preocupes tanto por eso. Podrías darme las gracias por haberte salvado otra vez.

—Gracias —concedí con sequedad—. Si algo le ocurre a Maddy...

—No me satisface que te inquietes tanto por ella y tan poco por mí...

—¡Al diablo si te satisface o no! —estalló—. Maddy se ha metido en este lío por mí, para ayudarme. Si le ocurre algo habrá sido por mi causa. He de hacer algo por ella.

—Sólo puedes hacerte matar, y se da el condenado caso de que te quiero para mí. Quiero decirte que yo no tuve nada que ver con lo sucedido en tu bar. Eso lo decidió Ernie en mi ausencia.

—Ahora no me preocupa el bar, sino Maddy.

—¡Te repites demasiado! No le ocurrirá nada malo a esa chica, descuida. Pertenece a la Prensa y Ernie no es tonto. Piensa un poco en mí para variar porque se da el caso que me he encaprichado de ti sinceramente, Frank... No te mentí cuando estuvimos juntos. No te mentí con mis besos... como no te he mentido antes. Creo que te quiero.

Quise reír, pero no pude. Me encontraba dudando entre creerla o no. A todo el mundo le gusta que una mujer le hable en esos términos. Pero todo lo que conseguí fue acabar con una incertidumbre que me lastimaba.

Detuvo el auto, encajándolo hábilmente entre dos en un estacionamiento.

—Abajo, querido, y no hagas tonterías. Sigo siendo la dueña de la situación.

—¿Adónde vamos?

—De momento, a un lugar en el que no te buscarán.

El lugar era su apartamento. Resultó ser una choza de lujo que debía haber costado un buen puñado de dinero.

Me señaló el bar.

—Bebe —dijo—. Y relájate. Aquí no vendrán a buscarte.

—No me preocupa que me busquen, Sibyl. Estoy preocupado por Maddy. ¿Es que no quieres comprenderlo?

—Me pones enferma con eso. ¿Te enamoraste de ella?

—Maddy no significa nada para mi sentimental mente, pero se arriesgó por ayudarme. Eso es todo en lo que a ella concierne. Pero...

—¿Sí?

—Es a ti a quien quiero, Sibyl. Es inútil que trate de negármelo a mí mismo por más tiempo.

Su mirada ardió en un súbito chispazo. Toda ella pareció transfigurarse, como si resplandeciera.

—¿Estás burlándote, Frank?

—No, Sibyl. Sé que es absurdo, pero te quiero. Te has metido en mi sangre como un veneno...

Todo su cuerpo se estremeció. La vi titubear. Había perdido toda su dureza.

—Nunca había sentido auténtico amor hacia un hombre —musitó como si hablara para sí misma—. Y apareces tú, te colocas en el bando contrario y resulta que eres cuanto yo ansiaba. ¿No te parece una estupidez?

Lo era, pero no podía decírselo porque la estupidez no era menos aguda por mi parte.

De modo que lo único que hice fue tomarla entre mis brazos y besarla.

Y esta vez la besé de verdad, como jamás la había besado antes, ni a ella ni a ninguna otra mujer. Nuestros labios se encontraron en terreno de nadie, olvidados de todo y de todos. Me sentí envuelto en una bruma en la que los dos parecíamos flotar. Ella enlazó las manos detrás de mi nuca enredando los dedos en mis cabellos, cerró los ojos y besarla se convirtió en un delirio.

Al fin se apartó con suavidad. Echó la cabeza atrás y suspiró:

—Sé que no me crearás, pero nunca antes había sentido por un hombre lo que tú me inspiras.

—Nos ha sucedido lo mismo a los dos —dije con voz ronca.

Volvió a apretarse contra mí y fue como un estallido de luz y de pasión que nos mantuvo unidos largo tiempo. Un tiempo que se hubiera podido prolongar una eternidad si no hubiesen existido cosas más graves y urgentes inquietándome.

—Sibyl...

Me miró con las pupilas semejantes a dos rendijas. Antes que yo pudiera añadir nada más, ella suspiró:

—Deja de provocar a Ernie, Frank. Tú eres fuerte, pero comparado con los medios con que él cuenta nunca podrás rozarle el cabello sin que te maten.

—No trates de desviarme. Me he trazado una ruta y la seguiré hasta el fin.

—Ese fin sólo puede ser uno. Y no quiero perderte, Frank.

—¿Dónde puedo hallar a Maddy? —pregunté de sopetón.

Su ardor se enfrió bruscamente.

A regañadientes, dijo:

—No lo sé. Ernie posee infinidad de escondrijos.

—¿Estás a mi lado o contra mí?

—A tu lado —respondió sin vacilar—, aunque eso me lleve al desastre.

—Entonces, dime dónde puedo encontrar a la muchacha.

—¿Y después?

—¿Qué quieres decir?

—¿Volverás a mí?

—¡Claro que sí!

Me miró recto a los ojos. Los suyos estaban cargados de incertidumbre y temor.

—No puedo saberlo seguro —murmuró—, pero quizá hayan ido a una casa que Ernie posee en Santa Barbara. Es un hermoso lugar si se desea silencio, soledad y discreción.

—Un sitio de paz y sosiego..., del sosiego de la muerte.

—Pero es una completa tontería ir allí tú solo.

—Me llevaré tu pistola. Será suficiente compañía.

—¡Ah, no, amiguito! Mi pistola, no. Entre otras cosas, porque Ernie la conoce. Si cayera en sus manos, no necesito hacerte un dibujo de mi futuro inmediato.

—Tienes razón... No había pensado en eso.

La besé otra vez como despedida y salí zumbando. Cacé un taxi y le ordené llevarme a las inmediaciones del tugurio de Ernie, donde había quedado el coche de Maddy. Era un armatoste mucho más moderno y rápido que el mío. Lo piloté a toda velocidad hacía m: apartamento y saqué del fondo de un cajón la pistola que había recuperado al salir de la cárcel.

Era un «45» automático y estaba cargado. Mientras volvía al coche pensé con cuánto placer lo vaciaría en la barriga de Ernie Simpson.

Encontré a Grover en el lugar de costumbre, escribiendo velozmente en un pliego de cuartillas. Al verme soltó el bolígrafo y exclamó:

—Espero que traigas material fresco para una edición especial...

—Lo tendrás. Han cazado a Maddy.

Le conté lo sucedido en pocas palabras. Se quedó atónito. No podía creerlo.

—¡Condenación! —barbotó lleno de ira—. ¿Tienes idea del lugar adonde la han llevado?

—Creo que a una finca que Ernie Simpson posee en Santa Bárbara. Pero para ir allí me basto yo solo.

Quiero que busques al teniente Auker y trata de que se mueva, aunque sólo sea para mantener ocupados a esos bastardos durante unas horas.

—No debí dejar que Maddy se metiera en este sucio asunto.

—Eso no estaba en tu mano evitarlo. ¿Sabes la situación exacta de esa residencia de Simpson en Santa Bárbara?

—Si es la que imagino, sí.

Me describió el mejor camino para encontrarla. No resultó una guía muy detallada, pero era suficiente.

—Habla con Auker —le dije como despedida.

Me sujetó del brazo. Su cara parecía sombría.

—Vas a tropezar con algo muy duro, muchacho —dijo con voz sorda—, pero sea lo que sea que hagas me tienes a tu lado. Y si le han hecho el menor daño a Maddy, entonces será llegada la hora de hacer lo que nunca hasta ahora he tenido valor para llevar a cabo...

Le dejé y salí disparado. Tardé sólo unos minutos en estar lanzado en plena carretera rumbo a Santa Bárbara. Mis pensamientos volaban al lado de Maddy y me reprochaba por haber

perdido tanto tiempo.

Sólo que, excepto el pasado con Sibyl, el resto había sido ineludible desperdiciarlo.

No pensé en nada más que en Maddy durante todo el recorrido. Luego, hube de concentrarme en localizar la finca que buscaba, y cuando lo conseguí, estacioné el coche a cierta distancia y me aproximé a ella cautelosamente.

Saltar el muro fue un juego de niños. Me agazapé al otro lado, escuchando en silencio y viendo las oscuras sombras del jardín.

Brillaban un par de luces en la inmensa residencia. Eso era todo. En el jardín no pude percibir el menor ruido.

Así que avancé casi deseando que alguno de aquellos matones apareciera, sólo para devolverles en parte el golpe que ellos me habían asestado a mí.

De pronto, un timbre empezó a sonar en alguna parte. Mis pies se habían enredado en un fino cable que corría casi pegado al suelo. Acababa de disparar los dispositivos de alarma.

Maldije para mis adentros y corrí hacia la protección que me ofrecían los viejos árboles del jardín.

Pronto sonaron pasos por todas partes. Las luces de las ventanas se apagaron y yo me encontré metido en un buen lío.

El primero que apareció fue un tipo grande, muy parecido a Rocky, el minero. Me descubrió casi al mismo tiempo que yo a él y sin perder un segundo disparó.

La bala arrancó un pedazo de corteza del árbol tras el que me refugié.

Alguien gritó. El tipo hizo fuego una vez más.

Me dejé caer al suelo y le busqué con la mira de mi pistola.

Otro se aproximaba a todo correr. Disparé y el grandote dio tal brinco, que pareció como si quisiera encaramarse a un árbol.

Luego cayó sin una queja. Los pasos del individuo que corría se habían detenido. Los disparos le habían infundido una gran prudencia.

Quedé agazapado detrás del tronco. Casi dos minutos después, los rumores de quienes me buscaban me aclararon que por lo menos eran dos, procedentes de distintas direcciones.

Conteniendo los nervios, esperé con el dedo sobre el gatillo.

El tiempo se convirtió en una tensa eternidad. Pero dominé la

impaciencia y seguí agazapado, y al fin uno de los dos fulanos, el que se movía por mi derecha, surgió como una sombra que se desgajara de un tronco.

Disparé sin pensar en nada. Sabía que aquellos individuos eran pistoleros profesionales, de modo que no iba a darles ninguna ventaja.

El hombre lanzó un grito, dio un traspié y se desplomó.

Pero ahora el otro estaba mucho más cerca y había visto el fogonazo, de modo que me envió una granizada de balas que pasaron sobre mí, porque me había tendido sobre el césped casi deseando fundirme en él.

Cuando el tipo dejó de disparar fue porque el arma se había quedado vacía.

Entonces me levanté con cautela, me asomé y disparé a mi vez, sólo que no acerté, porque oí sus pasos, alejándose a todo correr. Instantes después oí el poderoso motor de un coche alejándose a toda marcha.

El silencio volvió a enseñorearse del lugar y yo me dirigí a la casa pisando como un gato. Por lo menos, dos de aquellos asesinos y pistoleros habían mordido el polvo.

La puerta principal estaba abierta debido a la precipitación con que salieron. Me colé a las tinieblas del interior, escuchando con el alma en vilo, pero no oí nada en absoluto en toda la casa.

Decidí arriesgarme y tanteé la pared hasta que pude encender las luces.

Estaba en un gran vestíbulo, del que partía una escalera hacia la planta superior. Había varias puertas cerradas a los lados, pero arriba brillaba una pequeña luz y hacia allí me dirigí.

Cuando llegué arriba, vi que la luz surgía de una puerta entornada. Afiancé la pistola en mi mano y descargué un puntapié a la puerta, abriéndola del todo y saltando al interior dispuesto a convertir en un colador al primer tipo que se moviera.

Sólo que nadie se movió en la espaciosa habitación. Los muertos no pueden moverse, naturalmente, y Whitmann estaba muerto.

El desgraciado estaba semidesnudo, atado a los pies y a la cabecera de una gran cama de hierro de modo que formaba como una X.

Sentí náuseas al verle. Náuseas y un terror loco que me

impulsaba a salir de allí mientras pudiera para no terminar como aquel hombre. Había sido torturado de manera salvaje y todo su cuerpo era un amasijo de cortes brutales. Los esbirros de Simpson se habían ensañado con él mucho más bárbaramente de lo que pudieran haber hecho los salvajes de la época heroica de África.

Le di la vuelta al horrible espectáculo y así descubrí la manta extendida en el suelo. Debían estar preparándose para llevárselo cuando mi llegada les interrumpió.

Salí de la habitación con el estómago aún encabritado. Frenético, registré todas las demás dependencias en busca de Maddy.

No la encontré.

Cada vez más desesperado, recorrí toda la planta baja con el mismo resultado negativo. De la muchacha no había el menor rastro.

Me detuve en la biblioteca, una pieza lujosa, con centenares de volúmenes en las estanterías, muebles confortables, una enorme mesa de nogal en un ángulo y un pequeño bar en otro.

Registré la mesa con la vana esperanza de encontrar algún documento que pudiera servir contra Simpson, algo factible de presentarse ante la policía para obligarla a intervenir.

También en esto fracasé, aunque en el último cajón de la derecha descubrí una pequeña caja de acero. La saqué y advertí que contenía papeles en su interior.

Abrirla sin la llave me llevaría mucho tiempo, demasiado teniendo en cuenta que uno de los esbirros de Ernie había escapado y que posiblemente no tardasen en aparecer otros dispuestos a hacer conmigo algo más complicado de lo que hicieran con el pobre Whitmann...

Coloqué la caja en el suelo y disparé dos veces contra la cerradura. Los estampidos estremecieron las paredes y las balas blindadas hicieron su trabajo. Levanté la tapa y me quedé mirando dos gruesos fajos de billetes.

Había más dinero del que yo había poseído nunca. Rechinando los dientes, lo repartí por mis bolsillos diciéndome que era una compensación por la destrucción de mi bar, y estuve seguro de que era la primera vez en toda su puerca vida que Ernie Simpson pagaba el daño que provocaba.

Diez minutos más tarde volaba de regreso a la ciudad con un infierno de ira e inquietud burbujeando en mi interior ante el fracaso de encontrar a Maddy. Inconscientemente, me agarraba a la teoría de Sybil respecto a que no se habrían atrevido a maltratar a la hermosa periodista...

CAPÍTULO VIII

Llamé al teniente Auker desde una cabina telefónica. Lo encontré en su despacho y le solté sin preliminares:

—Si se da prisa, teniente, contemplará un emocionante espectáculo en esa finca que Ernie Simpson tiene en Santa Bárbara. Suba al primer piso, pero hágalo cuando se haya asegurado el estómago o vomitará.

—¿Qué infiernos...? —empezó a gritar. Entonces debió recordar mi voz—. ¡Usted! ¿De qué me está hablando, Caín?

—De lo que acabo de ver en esa residencia. Y cuando llegue allí, cuidado con pisotear un par de perros rabiosos que hay en el jardín... muertos.

—¿Puede hablar en cristiano y decirme qué significa esto?

—Seguro. Acabo de declararle la guerra a Ernie Simpson.

Colgué sin más aclaraciones. También Simpson debía haber declarado su guerra particular. La mejor manera de eliminar la rabia era matando al perro. De modo que él había liquidado a Whitmann... y Maddy resultaba aún más peligrosa que éste.

Así que de entre cien probabilidades, había noventa de que la muchacha estuviera ya muerta a esas horas quietas de la noche en que yo pilotaba el coche ciego de cólera y furor, absolutamente determinado a acabar con Ernie de una vez por todas.

Pasé con el coche por delante de

Pip's,

doblé la esquina y lo estacioné en un lugar oscuro.

De cualquier modo que fueran las cosas, si conseguía salir por mi pie, habría de correr. Así que no cerré el coche ni quité las llaves del encendido. Me apee, saqué la pistola del cinturón y empuñándola dentro del bolsillo me encaminé a la guarida de Simpson.

Esta vez, Ernie estaba sentado a la mesa acompañado por la

espectacular Vera, el untuoso Hillman y otro personaje al que yo no había visto nunca. Era un individuo alto, distinguido, que lo mismo podía ser un senador del estado como representante del mundo de las finanzas. Todo era posible tratándose de Simpson, porque éste era la prueba evidente de que existía mucha más corrupción de la que estaban dispuestos a admitir los manoseados electores cuando vitorearon a su partido.

Caminé recto hacia su mesa. A mitad de trayecto, dos «clientes» se levantaron de una mesa como si les hubieran disparado con resortes y me cerraron el paso. Los dos mantenían la mano en el bolsillo lo mismo que yo.

Era lo que había esperado que sucediera, así que sólo dije:

—Yo también tengo una pistola, camaradas. ¿Empezamos a disparar ahora, o me dejan que hable primero con Simpson?

El local estaba lleno a rebosar. Un solo disparo y se desataría una histeria tan peligrosa como un incendio.

Vacilaron. Yo esperé con el dedo sobre el gatillo.

—Camine despacio —dijo uno de ellos al fin—. Podrá tener una pistola, pero recibirá tanto plomo que habrán de levantarle con una grúa si se le ocurre sacarla... o disparar.

Obedecí. De este modo nos detuvimos junto a Ernie y sus acompañantes.

La mirada helada de aquel reptil se clavó en mí como un dardo.

—¿Qué diablos ocurre? —barbotó—. ¿Quién es usted?

—Un tipo que tenía un bar. Sus «pirotécnicos» se ocuparon de que ya no lo tenga.

Observé que miraba de reojo al elegante individuo que compartía su mesa. No le gustaba que pudiera escuchar lo que no debía...

—No comprendo nada —dijo, dominándose—. Usted sufre un error, amigo...

—Seguro. También sufrió un error su amigo Whitmann. Por eso le han saltado un ojo, le han cortado las orejas y dibujado arabescos en su cuerpo con una navaja hasta matarlo. Es una paga muy alta por un error.

Casi pegó un salto atrás. Los demás ocupantes de la mesa lo habían escuchado también. Además, ahora advertían el significativo bulto de mi bolsillo y empezaban a preocuparse de veras. El

supuesto senador incluso hizo ademán de levantarse, pero Hillman puso una mano sobre su brazo y se lo impidió sin palabras.

Ernie se recobró con dificultad.

—Usted debe estar mal de la cabeza —farfulló—. ¿Quién es Whitmann?

—Es más correcto decir «quién era», aunque, naturalmente, usted lo sabe perfectamente. Ahora quiero encontrar a Maddy, y no voy a andarme por las ramas. O Maddy, o empiezo a disparar, Ernie. Aquí y ahora, aunque sea lo último que yo haga en este mundo.

Miró desesperadamente a su alrededor. No concebía que alguien hubiera podido llegar hasta él con una pistola sin haber sido interceptado.

No podía comprender que eso era debido a que a mí tanto me daba vivir como morir, si con ello podía llevármelo por delante. Sólo un tenue hilo le mantenía vivo a él: la posibilidad de salvar a Maddy.

Le vi comprobar la proximidad de sus esbirros. Casi podía oír sus propios pensamientos mientras giraban vertiginosamente en su podrido cerebro.

—Ninguno de ellos llegará a tiempo de salvarle, Simpson —le advertí—. Podrán disparar contra mí, pero no hay ningún poder en este mundo capaz de evitar que yo lo haga también contra usted... de modo que saber que sus asesinos me han tumbado no le servirá de ningún consuelo en su viaje al infierno. ¿Dónde está Maddy?

—¡Le digo que no sé de qué está hablando!

—Muy bien. Voy a contar tres. Cuando dispare apuesto que sus distinguidos amigos gozarán de un espectáculo como no han visto jamás otro igual. ¡Uno!

Dios sabe que estaba dispuesto a cumplir mi amenaza sin importarme las consecuencias. Matar a aquel escorpión se había convertido en la suprema razón de mi vida, y aquélla era una ocasión tan buena como cualquier otra.

—¡Dos! —dije con voz ronca.

El dedo me dolía de mantenerlo tenso sobre el gatillo.

—Un momento, Caín.

—¿Ya recuerda hasta mi nombre? Antes no sabía siquiera quién era yo.

—No quiero que se arme una batalla a tiros aquí dentro.

—Eso es algo que no me preocupa en absoluto.

—Escuche, aunque se salga con la suya, jamás saldrá vivo del local. Hay hombres resueltos en todas las salidas, esperando. Saben su oficio, por lo menos debe admitir eso.

—Maddy, ¿recuerda, hijo de una hiena? Ella es de lo único que quiero oírle hablar.

—Vamos a mi despacho. Le diré todo lo que desea saber y llegaremos a un acuerdo, estoy seguro. Es la única manera de que consiga salir vivo de esta estupidez que está cometiendo.

Ni por un instante dudé de que fuera cierto lo de los guardianes apostados en todas las posibles salidas. Eran hombres que sabían su oficio.

Pero cuando había entrado allí ya contaba con salir rumbo a la funeraria, así que dije:

—Es aquí donde vamos a tratar el asunto, Ernie. A tiros, si lo prefiere, o devolviéndome a Maddy. Pero ya no voy a admitir más dilaciones.

Estaba muy pálido, pero su mirada echaba chispas.

—Muy bien —concedió al fin—. Se lo diré, pero con eso no habrá mejorado su situación.

—Veremos:

—Dispararán contra usted, Caín —añadió—. Habrá un gran revuelo, pero la policía aceptará la versión de que era usted un atracador medio loco o algo así...

—¿Dónde está Maddy? Deje ya de charlar de lo que no me interesa.

—En una residencia, en la playa.

—¿En Santa Bárbara, acaso?

Por un instante pareció que iba a afirmar. Luego cayó en la cuenta de cuanto yo le había dicho respecto a Whitmann y sacudió la cabeza.

Supe que iba a mentirme.

En aquel instante, como si brotara del suelo, Sibyl llegó a mi lado y se quedó mirándonos con las cejas enarcadas.

—Hola, Ernie... ¿Cómo está usted, Caín? —murmuró con forzada sonrisa.

Simpson farfulló:

—Apártate de ahí, Sibyl.

Ella se encogió de hombros.

—Trataréis de negocios después —dijo—. Ahora quiero bailar...
¿Vamos, Caín?

Me enroscó los brazos al cuello, empujándome, y en un instante estuvimos mezclados con las parejas que estaban bailando.

—¡Estúpida! —exclamé—. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Sí. Pégate a mí todo lo que puedas, querido loco —susurró con voz que temblaba—. Quiero sentirte tan cerca que sepa sin ninguna duda que aún eres mío...

Su cuerpo se pegó al mío, recordándome que había aún motivos para vivir.

—Tu vida no vale gran cosa en este instante —siguió diciendo—. No tienes ni una salida, a menos que hagas lo que yo te diga.

—Quiero encontrar a Maddy. Todo lo demás carece de importancia para mí.

—Pero no para mí. Aunque la encontrarás también si me obedeces.

—Si es así, habla.

Bailábamos rígidos, tensos, arropados por la multitud de parejas que se apretujaban a nuestro alrededor.

—Te quiero, Frank.

—Y yo a ti, a pesar de que sigo sin saber a qué atenerme respecto a tus designios finales.

—Haré que me lo demuestres, muy pronto. Ahora escucha, cariño; llevo una pequeña pistola en el bolso...

—Lo sé. ¿Recuerdas que me la incrustaste en la espalda?

Se rió entre dientes.

—Ahora te la hundiré en la barriga —dijo—. Haré que Ernie se dé cuenta de que te he cazado y tras esto te «obligaré» a subir a los pisos altos.

—¿Qué pisos altos? Este local es de una sola planta.

—Sí, pero comunica con la casa contigua. Subiremos, como si yo te llevara al matadero. Sólo que tú me darás un porrazo y escaparás por las azoteas. Se comunican unas con otras. ¿Comprendes?

—No huiré sin haber sacado a Maddy de donde sea que ese hijo de perra la llevó.

Ella se estremeció pegada a mí.

—Esa mujer está en el piso alto, Frank —susurró.

Casi la solté...

—¿Qué?

—Viva —añadió—. No la he visto, pero sé que aún vive, aunque debe permanecer inconsciente. Ernie... Creo que empieza a perder el control de sí mismo, de lo contrario no habría cometido esta salvajada...

—De modo que la ha torturado.

—Eso creo. Nunca pensé que fuera capaz de hacer eso con una mujer...

—¿Qué pensabas, que tu amigo Ernie era una blanca margarita? ¡Le mataré por eso!

—Y sentenciarás a esa mujer, porque te matarán a su vez. Si quieres sacarla de aquí debes hacer cuanto yo te diga.

Hube de admitir que tenía razón.

—De acuerdo —accedí.

—Te juro que nunca más volveré a enamorarme de un loco de atar. Vamos a acercarnos a Ernie ahora, y por lo que más quieras, representa bien tu papel.

De pronto sentí el contacto de la pistola en la barriga. Llegamos junto a la mesa y Simpson empezó a levantarse. Entonces descubrió la pistola apretada contra mí y una mueca de triunfo iluminó su maldita cara.

—Eres más inteligente que todos nosotros juntos —alabó con una sonrisa—. Llévatelo arriba y nos ocuparemos de él.

—Eso pensaba hacer. Pero advierte a los muchachos que no nos sigan hasta dentro de unos minutos o llamará la atención tanta desbandada. Yo puedo controlar a ese querido payaso entre tanto.

Me empujó sin contemplaciones hacia la puertecita que yo había visto utilizar a Simpson en otras ocasiones. Tan pronto llegamos al pie de las escaleras, dos pistoleros surgieron como por ensalmo, pero también ella supo mantenerlos a raya.

—Ya no debéis preocuparos por este tipo. Vigilad solamente que nadie nos siga. Ernie vendrá en un minuto.

—¿Y ése es el héroe que ha armado tanto revuelo? —se mofó uno de ellos mientras subíamos hacia arriba.

Lo hicimos cada vez más rápidamente hasta llegar al último piso.

Ella señaló una puerta y dijo:

—Está ahí...

Probé el tirador. La puerta estaba cerrada. Descargué un puntapié a la cerradura y ésta saltó.

Apenas si había muebles en aquella estancia.

Maddy yacía sobre un diván viejo y manchado, inconsciente, igual que muerta.

Junto a mí, Sibyl lanzó un grito al ver lo que le habían hecho a la muchacha. Yo no pude ni gritar. Sólo me precipité hacia ella con la angustia atenazándome.

CAPÍTULO IX

Coloqué una silla apalancada contra la desgajada cerradura asegurando así la puerta.

Luego me volví hacia Sibyl.

—¿Te das cuenta de que iban a matarla? No podíais, dejarla vivir después de esto o todos los periódicos del país se habrían echado sobre Simpson.

—Nunca creí que... Pero no pierdas tiempo. Hay una escalera de incendias en esa ventana. Llévate a la chica por ella hasta la azotea, y por ahí llegarás a la calle Mason. Es tu único recurso, Frank. Pero habrás de atizarme fuerte a mí o Ernie me hará picadillo.

Arranqué una cortina y envolví el cuerpo sangrante y torturado de Maddy. Se oían pasos en las escaleras:

—¡Apresúrate! —urgió Sibyl.

Me volví hacia ella. Sus ojos resplandecían.

—¡Bésame! —susurró—. Y luego golpéame. Fuerte, querido loco.

La besé con toda mi alma. A través de sus labios abiertos ardió un rugiente volcán de llamas. Hube de recurrir a toda mi voluntad para levantar el «45» y descargarle un culatazo en la nuca.

Sibyl se desplomó en mis brazos sin un quejido. La deposité en el suelo suavemente en el instante en que alguien golpeaba la puerta.

Una voz gritó:

—¡Sibyl! ¿Estás ahí?

La voz de Simpson rugió:

—¡Tirad la puerta abajo, idiotas!

Cargué con Maddy y pasé por la ventana al rellano metálico de la escalera. Subí las escaleras tan aprisa como pude, mientras un gran estrépito resonaba en la habitación. Luego, voces, y los ruidos de Ernie dando órdenes.

Llegué arriba y me volví. Ni siquiera apagaron la luz para

seguirme, de modo que el rectángulo de la ventana iluminó el tropel de hombres que se apelotonaban dispuestos a cazarme.

Dejé a Maddy en el suelo de la azotea, saqué la pistola y casi sin apuntar disparé rápidamente hacia abajo.

Los bramidos de la «45» levantaron ecos en todo el distrito, aunque hicieron algo más efectivo que eso; lanzaron a los dos primeros pistoleros dando tumbos escaleras abajo sobre los demás, de manera que se organizó un revoltijo y un concierto de gritos, cuando todos quisieron retroceder a la vez hacia la ventana.

Volví a tomar el cuerpo de Maddy y eché a correr, saltando de una azotea a otra, hasta localizar una en la que nadie se había ocupado de cerrar la puerta de la escalera.

Descendí por ella y en unos minutos estuve en el callejón donde dejara el coche a mi llegada.

Hube de reconocer que yo había estado seguro de no volverlo a ver jamás...

Hice tres llamadas telefónicas desde mi propio apartamento.

Una a Grover, otra a un médico y la tercera al teniente Auker, que no estaba en su despacho, pero al que prometieron localizar por radio.

Luego, volví al lado de la muchacha.

Me encontré mirando sus ojos abiertos. El dolor y la angustia había impreso profundos círculos oscuros en torno a sus párpados, pero seguía siendo una mujer adorable a pesar de todo.

—Ya no tienes nada que temer —dije para tranquilizarla—. Hay un médico en camino y todo irá bien ahora.

Hizo un brusco movimiento, como si quisiera incorporarse sobre la cama. La cortina con la que aún estaba cubierta se deslizó casi descubriéndola por entero.

—Lo siento, Maddy, pero no me atrevo a moverte para ponerte un pijama o algo... Mejor que sigas quietecita, ¿sí?

La arropé nuevamente. Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas y balbució algo que no entendí.

La dejé llorar y abandoné el dormitorio para fumar un cigarrillo.

Cuando llamaron a la puerta yo estaba tenso como un cable. Empuñé la pistola, abrí de golpe y me quedé mirando a Grover.

El miró la pistola amartillada y casi dio un brinco hacia atrás.

—¿Cómo está? —jadeó al dejarle paso.

Cerré la puerta y guardé la pistola.

—Ven.

Le llevé al dormitorio. Maddy tenía el rostro bañado de lágrimas y volvía a estar semiinconsciente.

—¿Puedes oírme, Maddy? —dije.

Me miró.

—Sí... —musitó sin voz.

—¿Quieres que Grover te vea, vea lo que te hicieron?

—Sí... Un fotógrafo... Fotos...

¡Maldita sea! Por encima de todo, ella era una reportera, eso no cabía duda.

Descubrí en parte su cuerpo. Grover contuvo el aliento y luego su furia hizo explosión en una interminable retahíla de juramentos e improperios.

—¡El muy hijo de perra...! —rugió—. ¡Se ha atrevido a...!

—Y la hubiera matado para hacerla desaparecer sin dejar rastro. Maddy puso el dedo en la llaga, dando con el único capaz de inquietar al gran Simpson.

Ella gimoteó y de nuevo dijo:

—Un... fotógrafo... Pruebas...

—Voy a llamar a Harry —barbotó Grover.

La dejamos sola y él hizo una llamada al fotógrafo que solía ilustrar sus reportajes.

Después dijo:

—La propia Maddy será ahora una evidencia viva contra ese bastardo...

—¿Una evidencia de qué? —dije—. ¿De que Simpson no tiene entrañas? Eso lo sabemos. ¿De qué se trata de infrahombre vestido de etiqueta? De acuerdo, lo es. Pero, dime cómo piensas demostrarlo. ¿Crees que la declaración de Maddy será suficiente? Habrán por lo menos dos docenas de tipos dispuestos a cargar con el mochuelo, especialmente en este estado donde los «donativos» de ese puerco corrompen a las ratas. ¿Qué pasará si aparece un individuo diciendo que le hizo eso cuando ella se negó a acceder a sus pretensiones amorosas? Le encerrarán por unos cuantos años, de acuerdo, pero el tipo sabrá que cuando salga encontrará una pequeña fortuna esperándole.

Llamaron a la puerta y dejamos de discutir.

Esta vez, quien se quedó mirando la pistola fue el doctor, quien enarcó las cejas y luego me contempló.

—¿A qué diablos está usted jugando? —Gruñó, apartándome a un lado—. ¿Dónde está mi paciente?

—Por aquí...

Unos nuevos golpes en la puerta nos detuvieron. Volví a sacar la pistola y dije:

—Entre ahí, doctor.

Grover apareció para llevárselo. Yo abrí la puerta y el tipo cargado con cámaras y un *flash* bizqueó al ver el arma y dio un paso atrás.

—¡Eh, oiga, quite ese chisme de ahí! —graznó—. ¡Grover!

El reportero apareció trotando.

—¡Es mi fotógrafo, hombre...! —estalló—. Entra, Harry. Quiero que fotografíes a Maddy... Mejor dicho, ha sido ella quien lo ha querido... Pero no vayas a ponerte a llorar cuando la veas.

Se fueron hacia el dormitorio donde ya estaba el médico.

Encendí un cigarrillo, oyendo sus voces quedas.

Más tarde llegó el teniente Auker. Apenas cambiamos palabras hasta que hubo visto a Maddy.

Cuando regresó a mi lado su cara estaba gris.

—Cuénteme —gruñó tan sólo.

Le expliqué toda la historia, procurando abreviar. Se restregó su crespillo de cabello, dio unos pasos de un lado a otro y finalmente se hundió de nuevo en una butaca.

—Para empezar —dijo—, no había nada en la casa de Santa Bárbara. Debieron moverse muy aprisa.

—¿No vio sangre, una cama de hierro que...?

—Vi esa cama. Estaba limpia, como el resto del cuarto. Quizá los expertos del laboratorio hubieran podido descubrir algún rastro de sangre, pero para buscarlo hubiésemos necesitado un mandato judicial en regla... y eso es más difícil de lo que parece, sin aportar razones concretas en que basar la solicitud.

—Bueno, ahora tienes una razón concreta... —estalló Grover, colérico—. Maddy es mucho más que una razón..., es un cuerpo torturado de mala manera.

—¿Declarará Maddy que fue Ernie Simpson quien le hizo esto?
Grover titubeó.

—No lo sé.

—Apuesto a que ella ni siquiera lo vio mientras la torturaban. De modo que Simpson, con los mejores abogados que pueden contratarse con dinero, nos hará trizas si insinuamos su participación en la salvajada.

No dije nada. Tenía mis propias ideas al respecto. Pero Grover sí habló.

—Si piensas que va a salirse con la suya también esta vez, estás equivocado —dijo furioso—. Publicaré fotografías de Maddy y su declaración completa. Y acusaré a Simpson en letras de molde haga lo que haga después.

—No te lo permitirán sin pruebas. Ningún periódico querrá cargar con una demanda de un millón por libelo y tú lo sabes —el teniente se restregó furiosamente la cara—. Hay que hacerlo de otro modo, si estás dispuesto a arriesgar el pellejo.

—Yo me ocuparé de mi pellejo. ¿Cuál es tu idea?

—Trata de publicar las fotos. Escribe un artículo sobre el abominable criminal capaz de hacerle eso a una mujer, algo que revuelva el estómago de la gente cuando lea el diario a la hora del desayuno, truculento, nauseabundo. Y luego, termina asegurando que tanto el periódico como la policía posee evidencias suficientes para practicar una sonada detención en cuestión de horas. Pero, y métete eso en la cabeza, no escribas el nombre de Ernie Simpson ni por equivocación.

—Ya veo... ¿Qué esperas conseguir con eso?

—Hacerle saltar. Que cometa un error y me dé pie para actuar contra él.

—Lo haré. Te juro que jamás habré escrito nada tan espeluznante en toda mi carrera. Pero habrá que llevar a Maddy al hospital, para que la cosa resulte.

—Naturalmente.

—¿Me garantizas que te ocuparás de protegerla?

—Eso no necesitas ni mencionarlo. Estará tan bien protegida como el presidente.

—Entonces, de acuerdo. Voy a pedirle al doctor que se ocupe de mandar una ambulancia.

Nos pusimos en campaña cada uno en su cometido, si bien es verdad que el teniente no me había asignado nada en un principio.

Yo era su reserva, porque podía declarar el lugar de donde había liberado a Maddy y todo lo demás.

Ese *todo lo demás* no incluía mis habilidades con la pistola, porque un exrecluso no puede andar por ahí jugando con armas de fuego sin que automáticamente le facturen de nuevo rumbo al penal.

Cuando se hubieron llevado a Maddy y me quedé solo, hice café, fumé un par de cigarrillos viendo amanecer, y finalmente quedé dormitando sentado en una butaca.

Cuando desperté eran las nueve y media de la mañana. Tomé una ducha, me vestí y salí zumbando hacia el hospital.

Ella abrió los ojos y le sonreí.

—Creí que ibas a dormir hasta mañana —dije con un susurro.

—Frank...

Extendió la mano y la apreté entre las mías.

—¿Cómo me encontraste, cómo pudiste sacarme de entre sus garras?

—Fue un tanto complicado. ¿Te sientes con fuerzas para hablar?

—No muchas, creo...

—Entonces, sólo dime si Whitmann habló, si averiguaste algo de lo que querías saber.

Su cara se crispó ante el recuerdo del pavoroso episodio que había vivido.

—Vi cómo le torturaban... —jadeó—. Luego, me desmayé y me sacaron de allí... El pobre hombre... se volvió loco antes de que se les muriese entre las manos...

—Cálmate. El se lo buscó. Estoy seguro que Simpson le pagaba una cantidad regularmente como premio por haber hecho desaparecer el *dossier* del caso Sartor.

—Frank... Whitmann estaba aterrorizado cuando yo se vi poco antes de que empezara la pesadilla de sangre...

—¿Y...?

—El *dossier* no desapareció.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Quieres decir que aún existe?

—El le entregó el original y una copia a Ernie..., pero existía una segunda copia destinada al cliente. Más una colección de

fotocopias del original que Whitmann sacó...

No me atreví a hacerle la pregunta definitiva. Y ella añadió:

—El *dossier* contiene mucho más que los detalles del caso Sartor. Jones iba tras las huellas de Simpson. Recogió informes increíbles. Sobornos, intromisión en asuntos estatales..., con nombres...

—Descansa. Hablaremos después.

—No, Frank..., ya no se trata sólo de destruir a ese monstruo. Se trata de ti y de mí, y de mi reportaje...

—¿Les confesó la verdad a ellos, Maddy?

Sacudió la cabeza.

—No lo hizo... Se les murió entre las manos antes de hablar. Creo que perdió la razón desde el principio. Yo pensé en ti, en lo que te harían si..., si caías en sus manos, porque tú eres quien ha provocado todo esto...

—No te preocupes por mí. Lo importante es encontrar esos papeles, si algún día conseguimos descubrir su paradero.

—No entiendes... Like me dijo dónde estaban... Habló conmigo unos minutos que nos dejaron solos, antes de comenzar a torturarlo...

Casi me caí de espaldas.

De modo que ella lo sabía. Lo había sabido todo el tiempo y yo la había arrancado de las manos de Simpson con su secreto.

Apenas oí mi propia voz cuando dije:

—¿Dónde están, Maddy?

Oí abrirse la puerta y giré en redondo. Una enfermera con cara de caballo y aspecto eficiente entró gruñendo.

—Ha abusado usted demasiado de la paciente, señor Caín...

A través de la puerta abierta vi al policía de uniforme que vigilaba afuera, en el pasillo.

—Sólo un minuto —dije—. Le prometo salir en un minuto.

Maddy susurró:

—No le permitiré más de un minuto.

Giró sobre sus pies y salió.

—Frank, deberás tener mucho cuidado... Te matarán de una manera horrible si te encuentran ahora. No quiero que te suceda nada malo.

—Con esos papeles en mi poder seré invencible, palabra —dije,

riendo.

—Whitmann tenía un hermano que es propietario de una gasolinera, al final de Whitter Boulevard. Le envió un paquete con todos los documentos, advirtiéndole que lo guardara bien, sin hablar nunca con nadie de ello...

—Eso es todo lo que necesitaba saber —me incliné sobre ella y la besé ligeramente en los labios—. Eres una gran chica y te lo deberé todo.

Sonrió.

—Ten mucho cuidado...

Fui hacia la puerta y la abrí. El policía se volvió a mirarme. Detrás de mí, Maddy me llamó.

—¿Sí, pequeña? —La miré, interrogante.

—Frank...

—Te oigo.

—Cuídate... Te quiero...

Nunca en mi vida volveré a escuchar nada semejante, dicho en el tono en que lo dijo y acompañado con la angustiosa expresión de su cara, una cara en la que sólo los ojos tenían un asomo de vida.

Salí y cerré la puerta suavemente. Había sido una confesión muy sencilla, demasiado para que no me estremeciera de pies a cabeza.

CAPÍTULO X

El hermano de Whitmann ignoraba lo sucedido y me atendió con amabilidad. Era un hombrecillo panzudo y de gran nariz colorada. Uno de esos tipos que parecen eternamente de buen humor.

—De modo que es amigo de ese truhán, ¿eh? —comentó con simpatía—. Mi hermano es un cabeza loca, demasiado arriesgado en sus negocios. ¿Sigue apostando fuerte en las carreras todavía? Hace tiempo que no viene por aquí...

—Su hermano ha muerto, señor Whitmann.

Se quedó helado. Incluso la mueca alegre de su cara pareció congelarse hasta desaparecer poco a poco.

—¿Muerto? —barbotó al fin.

—Asesinado.

No pudo hablar en unos instantes.

Aproveché para añadir:

—Le mataron los mismos bastardos que quieren apoderarse de los documentos que él le confió para que los guardara.

—Los documentos...

—¿No le dijo su hermano de qué se trataba?

—No... Sólo me advirtió que debía guardarlos, y en última instancia, si él me lo pedía, o si le sucediera alguna desgracia, debía entregarlos a la policía del estado o al fiscal general.

—Bien, pues ha llegado ese momento. Pero debo advertirle que hay asesinos profesionales rastreando esos papeles, así que habrá de adoptar precauciones.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Bueno, podría acompañarme hasta la Central de Policía y depositar allí esos papeles.

—¿A estas horas?

—Para tener esos documentos en su poder, conozco un policía que trabajaría gratis durante un mes noche y día. Además, ahora

estoy aquí y puedo llevarle. Si espera, habrá de ir usted solo.

—Sí, claro...

—De cualquier modo, decídase cuanto antes.

—Dígame..., ¿cómo le mataron?

—No le gustaría saberlo..., fue un trabajo indecente.

—Comprendo...

Yo pensé que no podía comprenderlo, lo cual era mucho mejor para él.

—Avisaré a mi mujer y estaré aquí en unos minutos.

Esperé, aprovechando para apartar el coche del paso. Encendí un cigarrillo rebotante de vengativa satisfacción. Si esos papeles contenían lo que yo imaginaba y lo que Maddy había dicho, el imperio de Ernie Simpson tocaba a su fin.

Whitmann apareció unos minutos más tarde. Se había lavado, peinado y cambiado de ropa.

—Está bien —dijo—. Vamos allá.

Se instaló a mi lado, en el coche. Vi que sostenía un gran sobre de papel manila. Aquello era la bomba que derribaría de su pedestal a Ernie y sus secuaces.

—No estábamos muy unidos —oí que decía Whitmann—, pero me agradaba verle de vez en cuando. ¿Puede contarme los detalles de lo que le ha pasado?

—Mejor será esperar a que se lo cuente la policía.

Estábamos en el cruce del Whilsire Boulevard, cuando un enorme sedán oscuro rugió a mi lado, me adelantó y al instante trató de echarme a un lado, frenando bruscamente.

Maldije a gritos. Ni por un segundo se me había ocurrido que podían seguirme.

—¡Échese al suelo! —grité—. ¡Tírese al suelo, van a disparar!

Hube de frenar para no estrellarme contra el enorme coche negro.

Dos tipos saltaron de él. Detrás de ellos apareció Rocky.

No podía dejar que cazaran también a mi pasajero y su preciosa carga.

Saqué la mano armada por la ventanilla y disparé.

Los tres se desperdigaron a saltos, devolviéndome el fuego sin perder tiempo.

La gente corría poniendo tierra de por medio. Un coche se subió

a la acera dando saltos, el conductor, abrió la portezuela y corrió como un gamo.

Whitmann estaba pegado a la alfombrilla del coche. Hablando rápidamente le dije:

—No creo que sepan siquiera que está usted conmigo... Voy a abrir esa portezuela y déjese usted caer al suelo, pero no se mueva de ahí y oculte bien el sobre. Quédese pegado a la acera como un paseante cualquiera sorprendido por el tiroteo. ¿Entiende?

—Sí...

Giré la muñeca y le mandé un plomo a Rocky, que se había refugiado al otro lado del largo capó de su coche.

—Cuando yo salga del coche y ellos se ocupen sólo de mí, usted podrá alejarse —añadí hablando para mi pasajero—. Vaya a la policía y pregunte por el teniente Auker. No entregue los documentos a ningún otro policía... Sólo al teniente Auker...

El parabrisas estalló en pedazos y un par de balas zumbaron en torno a mi cabeza.

Abrí lo justo la portezuela del lado de la acera y luego asomé un ojo por la ventanilla de mi lado.

Vi acercarse a los dos pistoleros pegados a los coches del otro lado. Esperé hasta estar seguro del disparo y entonces le mandé un plomo al más alto. El tipo dio una voltereta y cayó, aullando.

El otro se dio mucha prisa por agazaparse. Rocky, desde su escondite, disparó furiosamente contra mí.

Tumbado sobre el asiento, vi a Whitmann fuera del coche, tendido en la acera como si quisiera fundirse en ella.

Entonces grité:

—¡Ya basta, Rocky!

—¿Vas a salir?

—Seguro.

Sabía que apenas debían quedar uno o dos proyectiles en mi pistola. Y necesitaba distraerles, ganar tiempo para que Whitmann pudiera llegar hasta el teniente Auker y entregarle los documentos.

Abrí la portezuela de mi lado y grité:

—¡No dispaes, Rocky, quiero llegar vivo al lado de tu amo!

—Camine con las manos en alto.

Lo hice. El otro pistolero salió de su escondrijo, arrastró el cuerpo sin vida de su compinche y lo tiró dentro del sedán negro sin

ceremonias.

—¡Aprisa, ven aquí! —bramó Rocky.

Me acerqué a él, quien me espetó:

—¿Dónde están los documentos?

—Hablaré de eso sólo con Ernie.

—Suba.

Casi me tiraron de bruces sobre el cadáver. En alguna parte se oía una lejana sirena, de modo que se dieron mucha prisa en salir zumbando de allí.

No pude evitar un suspiro de alivio. Whitmann estaría camino de la policía y Ernie podía considerarse acabado. Ya apenas importaba lo que me sucediera a mí... Lo importante era que aquel escorpión sería destruido.

Rocky se había instalado en el asiento, a mi lado. El otro tipo conducía.

El minero graznó de pronto:

—El jefe estará satisfecho... Empezaba a creer que era usted un fuera de serie.

Pensé que no parecían muy apenados por el fiambre que viajaba con nosotros. Además, su cerebro debía tener el tamaño del de un mosquito, de otro modo las cosas hubieran sucedido de manera muy distinta.

Durante el recorrido no abrigué muchas ilusiones. Mi carrera había terminado, eso era seguro. Ernie no se andaría por las ramas esta vez, pero por lo menos había terminado por una causa justa y peleando hasta el final.

De pronto me entraron grandes deseos de saber algunas cosas.

—¿Cómo han sabido donde encontrarme, Rocky?

—¿Nos creía tontos? —rió con satisfacción, para añadir en seguida—: Ernie pensó que usted estaría en contacto con esa chica... Maddy. Quería hablar con ella cuando recobrara el conocimiento... Bien, nos envió a espiar el hospital y así le vimos salir con muchas prisas. Ernie dijo que seguramente usted iría en busca de unos documentos. Le seguimos y la prueba de que no es usted tan listo como imagina es que está en nuestras manos.

—En eso tienes razón... me he comportado como un idiota.

—No lo sabe usted bien.

Contra lo que yo esperaba, metieron el coche en el callejón

lateral del *cabaret* de Simpson. Rocky me advirtió:

—Ahora nada de trucos, ¿entendido? De lo contrario te haré pedazos antes de tiempo. A nosotros no podrás sorprendernos como a Sibyl.

Casi lancé un grito de alegría. Eso equivalía a decir que la creyeron cuando me ayudó a escapar...

—Abajo.

Me apeé. El callejón estaba desierto. Me empujaron hacia la puerta lateral del edificio y empezamos a subir escaleras. A consecuencia de un empujón trastabillé y estuve a punto de caer. Rocky me descargó un mazazo en el estómago que me dobló. Era un buen principio para un mal final.

—Te machacaré si haces el tonto, Caín —dijo el minero, despojado ya de su tono irónico—. ¡Arriba!

Esta vez recorrimos una parte del edificio que yo desconocía. Cuando al fin me introdujeron en un apartamento, comprendí por el lujo reinante que Ernie sabía instalarse bien en cualquier parte.

El propio Simpson esperaba allí.

Y Sibyl, lo que hizo que mi corazón diera un brinco.

También estaba sentado en una butaca aquel espécimen de sexo indeciso que llevaba por nombre Hillman. Y un par de tipos más de menor cuantía a los que yo no había visto nunca.

Sibyl llevaba un traje negro ajustado con la suprema distinción de una emperatriz. Su cuerpo resultaba una maravilla, y creo que incluso lo idealicé a consecuencia del peligro y la ansiedad del momento. Sus ojos me hablaron en un segundo de muchas cosas. Tantas, que incluso ahora me es penoso y difícil evocarlas.

Ernie rió entre dientes al verme.

—Bueno, forastero, el juego se acabó —dijo.

Rocky parecía a punto de estallar de satisfacción.

Era uno de sus momentos estelares en los que su jefe no dejaría de fijarse.

Ernie encendió un cigarrillo y por entre el humo dijo:

—Quiero hacerle una proposición, sólo para ahorrar tiempo y molestias. Pero tiene que aceptarla ahora, rápido y sin dilaciones.

Su voz era casi amable. Hubiera podido engañar a otro cualquiera que ignorase la clase de alimaña que era.

Sibyl permanecía tranquila y silenciosa. Tal vez en sus labios

hubiera una sombra de amargura, pero no pude estar seguro.

Ernie volvió a la carga.

—Está en mi poder y usted sabe que eso no son sólo palabras, Caín —dijo—. Se ha empeñado en medir sus fuerzas y se ha estrellado, porque no hay nada que pueda derribarme, ni siquiera mi posición. Y usted menos que nadie, claro... porque usted no es nadie, sólo un desgraciado muerto de hambre. Me costó mucho trepar hasta la cumbre y... Bueno, eso maldito si le importa un comino. Hablando de la proposición, ésta es sencilla: Su vida a cambio de los documentos de Whitmann.

—Ni siquiera los he visto.

Suspiró.

—Hablaremos mejor en otra parte, y esta vez iré personalmente —gruñó, sombrío—. Tú, Hillman, quédate aquí y cuida de todo. Yo volveré tan pronto haya convencido a esta basura de que le conviene hablar, aunque no sé lo que tardaremos.

Hillman cacareó:

—¡Seguro que muy poco tiempo! Rocky es un experto... hizo maravillas con la rata de Whitmann...

Aquel medio hombre parecía gozar sólo con el recuerdo.

Sentí tentaciones de aplastarle la cara.

Oí la voz de Sibyl y volví la cabeza.

—Te acompañaré, querido —dijo la muchacha.

Ernie se echó a reír.

—Eres una buena discípula, cariño. Algún día...

—No hagas promesas, Ernie. Por lo menos, no prometas nada mientras tengas a esa frágil muñeca en tu nómina.

La risa de Simpson subió de tono delatando el orgullo de que estaba poseído.

—¿Celos? —Cloqueó—. ¿Es posible que a estas alturas tengas celos de mi pequeña Vera?

Sibyl se encogió de hombros.

—Hay algo más —dijo—. Quiero devolverle a ese payaso el culatazo que me pegó.

—Eso me parece muy bien... —Volviéndose hacia Hillman repitió—: Extrema las precauciones esta noche. Desaloja la sala de juego por si aparece la policía por aquí. No deben encontrar ni la sombra de una sospecha. ¿Entendido?

Comprendí que aquello era el final. Con Ernie y los pistoleros reunidos en torno, ni siquiera Sibyl podría intentar nada sin delatarse y caer a su vez.

De modo que le solté sin rodeos:

—Pierde el tiempo, Simpson. No necesita llevarme a ninguna parte porque no me sacará una palabra que yo no quiera decir. Jamás podrá echar mano de los documentos de Whitmann, pero tenga la seguridad de que llegarán a manos de quien deben estar.

Giró en redondo echando chispas.

—¿Quiere dárselas de listo? —bufó—. Es más; no creo que existieran esos documentos. No existían más que en la enfermiza imaginación de Whitmann. El pensó que así estaría a salvo. Es el truco más viejo del mundo...

Quizá intentaba infundir confianza en sus hombres.

O quería convencerse a sí mismo de que su posición era inexpugnable.

De cualquier modo insistí:

—Es usted más tonto de lo que había imaginado, viejo puerco. Yo he visto los documentos. Estaban en un sobre y a estas horas están camino de las manos del fiscal del Estado. ¿Va a decirme que también tiene a todo un fiscal del Estado en su nómina, Ernie?

—¡Está mintiendo! Yo mismo quemé los originales y la copia. Destruí incluso las cenizas. Todo lo que quiere es ganar tiempo...

La ira crecía dentro de mí igual que una marea.

—Había otra copia —dije—. Más fotocopias de los originales, y en muchos de los informes debe haber anotaciones de puño y letra de Jones. Esta vez, Simpson, es bien cierto que el juego ha terminado, como dijo antes.

Estaba rojo de ira. Vino hacia mí blandiendo los puños.

Le descargué un zurdazo de abajo arriba que lo levantó del suelo, y cuando caía con los ojos girándole en las órbitas todavía le cacé con un salvaje puntapié más abajo del cinturón.

Rodó, aullando, hasta golpear la pared con estrépito.

Entonces me cayeron encima y aún ahora no he comprendido cómo tan pocos hombres podían golpear tanto.

Perdí la noción de cuánto me rodeaba. Pude atrapar un pie y girando en el suelo lo retorcí. Sonó un alarido y un crujido y el hombre se fue al suelo bramando como una bestia, con el pie

torcido en un extraño ángulo.

Rocky bramaba y golpeaba, todo a un tiempo. Hillman chillaba como una rata, apretujado en un rincón, lejos de la trifulca.

Y estaba Sibyl, chillando.

Y la voz de Ernie que trataba de imponerse en medio del estrépito.

Un golpe más certero que los anteriores me arrojó de bruces, casi inconsciente. Aprovecharon para machacarme a puntapiés y todo se volvió confuso y gris, como una foto desenfocada.

Y de pronto sonó un disparo, seco, restallante en medio del alboroto.

Dejaron de machacarme y hasta yo me dije que, después de todo, un balazo no es tan malo como uno cree. No me dolía en ninguna parte.

Ladeé la cabeza y por entre aquella bruma vi a Sibyl plantada en el centro de la estancia. Sentía la sangre deslizarse por mi cara, sin embargo, a pesar de la sangre, del dolor y de la proximidad del fin, no pude por menos que admirar a semejante mujer.

Sibyl sostenía la pistola entre las manos y a sus ojos había vuelto aquella expresión salvaje que descubrí en ellos el primer día, aquel primer día en que comencé a amarla desesperadamente y con toda la fuerza de mi sangre. Parecía que el alma y la sensibilidad habían huido de ella dejándola convertida en una bella estatua de granito.

Ernie se levantaba con dificultad, gruñendo entre dientes y apretándose la parte machacada. Tenía los labios rotos y la sangre le escurría barbilla abajo. Sin embargo, logró incluso sonreír a despecho de la rabia y el triunfo.

—¡Muy bien, Sibyl! —gritó—. Aprieta el gatillo, pero ahora apunta bien. ¡Dispara, muchacha, dispara!

Todo fue muy simple. Ella obedeció. Apretó el gatillo y listo.

Pero no apuntó hacia mí, sino a Ernie.

Éste se dobló en dos con un asombro infinito asomándole en la mirada. Aquella expresión no la olvidaré jamás.

—¡Sibyl...! —jadeó, trastabillando.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó la muchacha, magnífica sobre sus largas piernas—. Tenía que hacerlo, Ernie... Te he traicionado. Todos somos un hatajo de traidores sarnosos que no merecemos vivir porque nos traicionamos a nosotros mismos... Pero cuando le

hiciste «aquello» a la muchacha... Bueno, comprendí que la impunidad te había vuelto loco. Alguien tenía que acabar contigo. Y, Ernie, me he enamorado de ese tonto forastero que por una cuota de cien dólares te ha destruido. Así que él o tú.

Ernie la miraba enloquecido, resistiéndose a caer bajo el peso de la pequeña bala. Apretaba las manos contra la fuente roja que brotaba de su cuerpo y escuchaba a Sibyl casi sin respirar.

Y ella añadió:

—No debiste hacerle lo que le hiciste a la muchacha... Te has convertido en una mala bestia.

Al fin, Ernie se derrumbó hecho un ovillo. Con él arrastró una mesita llena de costosas porcelanas que se hicieron añicos.

Sibyl miró a su alrededor. El asombro había paralizado a todos al principio, pero empezaban a recobrarse. Todo había sido demasiado rápido.

Sibyl les advirtió:

—Si alguien se mueve, morirá, muchachos. ¿Puedes levantarte, Frank?

Lo hice tambaleándome. Todo mi cuerpo era una llaga de dolor increíble e insoportable.

—Aguenta un poco —murmuró Sibyl—, saldremos de aquí y estarás a salvo, querido...

Rocky estaba igual que petrificado. Como si hubiera recibido un mazazo en su cabezota.

Los demás pistoleros debían calcular que muerto el patrón nadie iba a pagarles por arriesgar el pellejo tratando de capturar a la mujer que lo había tumbado.

Sin embargo, fue todo tan rápido entonces, tan fulminante, que resultó imposible hacer nada.

Hillman había permanecido pegado al rincón más alejado. Y fue desde allí desde donde disparó con un pesado revólver. Igual que loco, salté contra Sibyl, pero sólo llegué a tiempo de sostenerla cuando caía.

Tenía un feo agujero en la base del pecho izquierdo por el que empezó a brotar la sangre a borbotones.

—Bueno... —jadeó sin voz—, valía la pena intentarlo... Hacer algo bueno contigo... y amarte...

Le faltó el aliento y cerró los ojos mientras su rostro adquiría la

lividez del mármol. Sentía una desgarradura de arriba abajo, un dolor mucho más hondo y terrible que los causados por la paliza. Sin ella todo perdía consistencia, incluso las ansias de vivir.

Parpadeó. Jadeó aún.

—¡Frank...!

Y murió. Me di cuenta cuando su cabeza rodó a un lado, inerte, sobre mi regazo, aun sosteniéndola.

Murió, y yo hubiera querido sustituirla.

Hillman gritó:

—¡Quietos! Esa pieza me pertenece a mí. ¡Míreme, Caín!

Le miré. Con todo el furor del infierno desencadenado, le miré. Estaba allí agazapado, sosteniendo el revólver...

Sonó un disparo. Y luego otro, y otro...

Pero yo seguía en el mismo lugar, sin sentir nada, estupefacto, sosteniendo el cuerpo de Sibyl, llorando por dentro, aullando en silencio, sin sentir el impacto de las balas, sin doblarme, sin morir...

Juro que en aquellos instantes no me importaba nada de nada. Sólo pensé vagamente en el pequeño Stephen y en su paga y deseé que algún día supiera perdonarme.

Entonces comprendí que aún estaba vivo, y que el cuerpo de Sibyl todavía reposaba en mis brazos. El que se derrumbaba, sacudido por los impactos, era el propio Hillman. Giró vertiginosamente y otro bronco estampido le tiró de bruces contra una gran pecera que se hizo añicos. Los peces de exóticos coloridos saltaron por el suelo, alrededor del cuerpo de Hillman, salpicando de agua su cara horrorizada por la muerte. La sangre tiñó el agua de un color rosado...

En el marco de la entrada estaba Auker empuñando un gran revólver de reglamento y rodeado por alguno de los hombres de su brigada.

Empezaron a entrar. El parecía un tanto aturdido.

—Ese tipo, Whitmann —jadeó—. Tenemos los documentos...

Entró Grover a su lado. Me levanté como un autómatas con Sibyl en brazos.

El reportero saltó hacia mí, casi zarandeándome lleno de entusiasmo.

—¡Lo has conseguido, Frank! —aulló—. ¿Sabes lo que has hecho con tu tenacidad?

Me enfrenté con él. Yo estaba vacío, tan vacío como una botella rota y tirada a la basura.

—Sí —dije—. He conseguido que ella muriera.

Sibyl... Era culpa mía.

—Es lamentable, Frank, desde luego. Pero gracias a ti la ciudad respirará más tranquila de ahora en adelante. En esos documentos hay listas de nombres, cantidades pagadas, fechas, comprobantes y testigos de las operaciones. Jones hizo un soberbio trabajo. Se va a armar un revuelo espantoso, pero...

No le escuchaba. Maldito si quería oírle siquiera. Me acerqué a un diván y deposité cuidadosamente el cuerpo de Sibyl. La miré un largo tiempo, mientras los policías hacían su trabajo.

Después, di media vuelta y caminé como un muñeco hacia la puerta. Una ciudad limpia... Sibyl... ¿Qué infiernos significa una ciudad limpia sin ti? ¿Qué significan honestidad, justicia, amistad o amor sin ti, Sibyl? Tú significaste mucho más para mí..., más que esa maldita ciudad. Más que...

Grover corrió detrás de mí y trató de detenerme.

—¡Eh, Frank! Reacciona, hombre. ¿Adónde vas?

Me abrí paso entre los policías. Creo que lloraba, no lo sé. Una extraña humedad enturbiaba mis ojos. Después sentí la mordedura de las lágrimas en mis mejillas hasta quemar mi garganta y mi corazón.

El pasillo. La puerta exterior. Y Grover insistiendo:

—¡Aguarda, Frank, maldita sea! ¿Me oyes? ¡Maddy te espera en el hospital...!

Salí a la calle, evadí a la multitud y me alejé sintiéndome terriblemente solo.

El aire fresco contribuyó a calmarme un poco.

Pensé en Stephen. El tenía derechos sobre mí.

También me dije que debía tener un aspecto terrible con las ropas manchadas de sangre y que sería preciso mandar unas flores al Hospital Municipal...

FIN

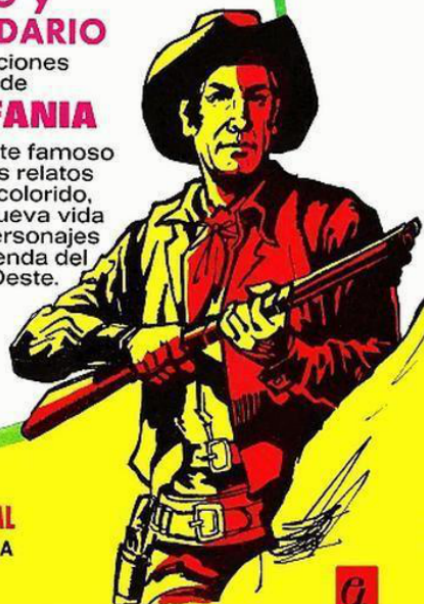
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

